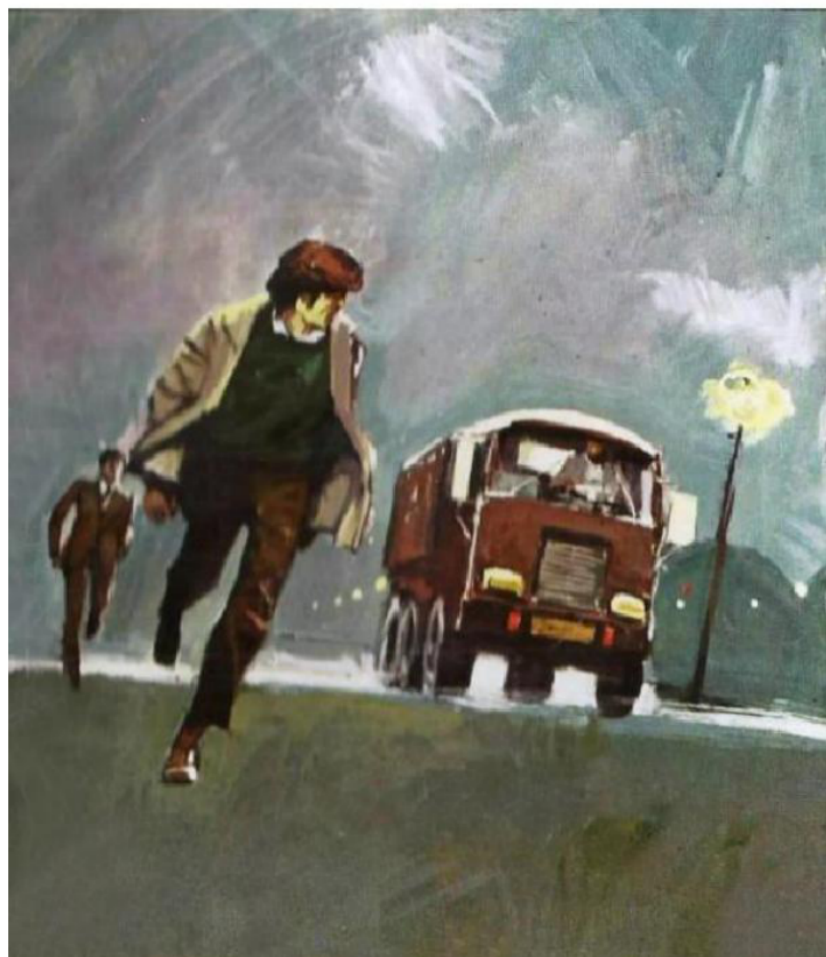




La tormenta

Kelltom McIntire



COLECCION

PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BRAVO OESTE:
483. — La pista de los cien mil.
- En Colección PUNTO ROJO:
660. — El más peligroso secreto.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.247. — Todos están muertos.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
998. — Pasaporte al Más Allá.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
48. — Del temple de los héroes.
- En Colección COLORADO:
881. — Persecución hasta el infierno.
- En Colección KANSAS:
867. — El largo camino hasta Albuquerque.

KELLTOM McINTIRE

LA TORMENTA

Colección PUNTO ROJO n.º 666
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 47.068 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1975

© Kelltom McIntire - 1975

texto

© Desilo - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

CAPÍTULO PRIMERO

Hacía mucho calor dentro del foso.

«Tanto como en Vietnam», pensó Hal Jervis, colérico.

¿De qué le había servido pasar dos años allí, enrolado en los *marines*?

De nada, positivamente.

Seguía siendo pobre e insignificante. A pesar de sus hombros descomunales, sus brazos musculosos y su barbilla cuadrada.

A pesar, incluso, de su condecoración, aquella que Hal guardaba cuidadosamente en un estuche, entre su mejor ropa.

Bourage, el propietario del garaje, aquel individuo gordo, gruñón e indolente, estaba en la cabina, en camiseta, cómodamente recostadas las piernas sobre una mesa, con una botella de fría cerveza en la mano y recibiendo placenteramente el chorro de aire de un ventilador.

Hal, por el contrario, sudaba en el foso, embutido en su mono de mecánico, con el rostro y las manos llenas de grasa, pugnando por desmontar el diferencial del «Cadillac» de Elmer Davis, un rico ranchero de Auburn.

«Tengo veintisiete años —pensó Hal, lleno de rabia—. Y supongo que dentro de diez años seguiré aquí, haciendo lo mismo».

La puerta de la cabina chirrió; Bourage se acercó pesadamente, arrastrando los pies.

—¿Qué? —gruñó—. ¿Terminas?

De buena gana hubiera enviado a su jefe al diablo. Pero se aguantó.

—No —respondió con voz reconcentrada—. Pero estará listo dentro de un cuarto de hora.

—No te distraigas —recomendó Bourage, volviéndose a su cómoda cabina—. Ya sabes que el señor Davis necesita su coche para mañana.

Un automóvil penetró algunos minutos después en el taller.

Era un precioso modelo deportivo color verde esmeralda. Hal se asomó por debajo del coche que estaba reparando y vio descender a Duke Harris.

Harris era un tipo listo. Jamás había podido averiguar Hal de dónde sacaba el dinero para comprarse aquellos caros trajes que vestía.

En realidad, todo lo que usaba Harris era caro: su coche, sus trajes, sus relojes, sus cigarrillos, sus colonias y... sus chicas.

Harris se acercó al foso con el cigarrillo en los labios. Fumaba «Players» importados de Inglaterra.

—Hola, Hal. ¿Mucho trabajo? —saludó.

Hal rió sin ganas, contemplando el rostro de Harris, perfectamente afeitado. Todo era pulcro en aquel muchacho: sus ropas, sus cabellos rubios, perfectamente limpios, aunque demasiado largos, sus camisas, sus relucientes zapatos.

—¿Trabajo? —gruñó—. Esto no es nada. A Bourage le gustaría verme con los tobillos unidos por grilletes y con un uniforme de condenado. ¡Ésa sanguijuela...!

—Vamos, vamos, Hal. Si sigues con ese viejo, es porque te da la gana —se burló Harris.

Viendo que el mecánico fruncía el ceño, Harris sacó: su estuche de cigarrillos, encendió uno y se lo ofreció a Hal, que aspiró el aromático humo con ansia.

—No me fío de ti, Harris. Vives demasiado bien —murmuró.

—Todo el mundo sabe que Bourage es un avaro. Y que se aprovecha de ti. Suelta esas herramientas y déjalo para siempre —aconsejó.

—No puedo —respondió Hal, con tristeza—. Tengo la condenada costumbre de hacer tres comidas diarias. Es verdad que gano una miseria, pero necesito los puercos dólares de Bourage.

En aquel momento, el gordo apareció en la puerta de la cabina.

—¿Qué diablos ocurre ahora, Hal? No te entretengas —exclamó Bourage—. Mister Davis...

—¡Al diablo con Davis! —exclamó Hal, a punto de estallar.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Bourage, desconfiado.

—Le estaba diciendo a Hal —se interpuso Harris—, que dejase un momento su trabajo y me cambiase las bujías. Mí «Masserati»

quema mal, señor Bourage.

—Lo siento. Míster Davis está esperando su coche —denegó Bourage—. Me he comprometido a tenerlo listo mañana. De modo que...

—Serán unos minutos —insistió Harris—. Y usted sabe que pago bien, señor Bourage.

—De acuerdo, hazlo —dijo a Hal—. Y vuelve enseguida al «Cadillac» de míster Davis.

—Cerdo... —murmuró Hal por lo bajo.

Abandonó el foso, se limpió las manos con un pedazo de algodón y alzó la tapa del motor del valioso «Masserati».

Sacó una bujía y la observó. Tras lo cual, miró con desconfianza al elegante Harris, que estaba observándole con una sonrisa en los labios.

—Te cambié las bujías hace menos de una semana. Están buenas. ¿Por qué...? —preguntó.

Pero Harris no le dejó continuar.

—¿No lo comprendes? Quería hablar contigo sin que ese gordo saliese a interrumpirnos a cada momento. Te pagaré como si hubieses puesto bujías nuevas. Y añadiré una buena propina.

Hal miró a Harris de pies a cabeza.

—Siempre me he preguntado cómo puedes vivir a lo grande, Duke. Quizá sea bueno este momento para que charlemos de ello —dijo.

—Es fácil. Me dedico a los negocios. Y si he venido hasta aquí, es porque tengo buenas noticias para ti. Puedes ganar fácilmente mil dólares esta misma noche. ¿Qué te parece?

—Mil dólares —murmuró—. Mi sueldo de dos meses. Supongo que se trata de algo turbio...

—Debería disgustarme contigo, Hal, pero no lo haré. Confía en mí. Es un trabajo honesto, casi una diversión. Sólo tendrás que actuar como testigo y... repartir algún que otro mamporro si las cosas se complican —respondió Harris.

—¡Espera, espera...! Cada vez lo veo más oscuro, ¿de qué se trata en realidad?

—Nada deshonesto. Por otra parte, no seré yo quien te pague ese dinero, sino Howard Finney.

—¿Finney? No le conozco.

—Tampoco yo le conocía... hasta hoy mismo. Finney posee una empresa de transportes en San Francisco. Sus camiones viajan por todas las rutas de California. Hace dos días, uno de los camiones de la empresa fue robado. Finney contrató un detective y llegó anoche a Auburn: creen que el camión robado se encuentra en uno de los tinglados de Houlton Site, en la zona industrial.

—¿Y qué? —preguntó Hal, confuso—. ¿Por qué no se ponen en contacto con la policía? Sería lo más razonable.

—No seas estúpido, Hal. Finney y su detective, Scranton, sospechan que el camión esté oculto en uno de los hangares, pero no están seguros. Su plan es el siguiente: presentarse allí de improviso, con un par de testigos. Si no encuentran el camión, se disculparán y a otra cosa. Y se encuentran el camión, tú y yo no tendremos que hacer otra cosa que prestar testimonio cuando se presente la policía, ¿comprendes?

—Entonces... —respondió al fin—, ¿es seguro que no se trata de nada sucio, Duke?

—¡Naturalmente! Míster Finney me preguntó si quería actuar de testigo. Y dije que sí. Entonces me encargó que buscara a otro hombre. Me acordé de ti. Supuse que te interesaría ganar mil dólares de forma tan fácil. Sin embargo...

—¿Qué...?

—Bueno, es posible que los tipos que han robado un camión con un valioso cargamento no sean precisamente hermanos de la caridad, Hal. Scranton tiene su pistola, por si acaso. Naturalmente está autorizado. Y en cuanto a nosotros, es posible que tengamos que defendernos a puñetazos si las cosas se ponen feas. Te lo advierto lealmente, Hal.

—Oh, eso no tiene ninguna importancia. En realidad, hace muchos meses que estoy deseando pelear con quien sea. ¿Dijiste que ganaría mil dólares, no es eso?

—Exactamente. Finney me ha entregado mil dólares, como señal. Te daré quinientos y me quedará con otros quinientos. Pinney nos dará la otra mitad cuando haya terminado nuestra actuación... ¿Qué? ¿Aceptas?

Viendo que Jervis sudaba, Harris sacó una billetera de piel y apartó cinco billetes de cien dólares, que entregó al mecánico.

En aquel momento, Bourage salió de la cabina.

—¡Hal! —gritó—. ¿Es que vas a necesitar toda la tarde para cambiar un juego de bujías?

Jervis se volvió violentamente hacia él.

—No voy a necesitar ni un solo minuto, señor Bourage —dijo con lentitud—. Me marchó.

Bourage llegó junto a él dando cómicos saltitos y le retuvo por un brazo.

—¿Qué te marchas? ¡No es posible, muchacho! Estás loco, si lo dices en serio. ¿Dónde ibas a encontrar un trabajo como éste, un sueldo seguro a final de mes...?

Todavía estaba chillando cuando Hal Jervis lanzó contra él el sucio mono de mecánico y subió al «Masserati» de Duke Harris.

CAPÍTULO II

A las siete de la tarde, Harris guió a Hal Jervis hasta la habitación del hotel donde se hospedaban Finney y Scranton.

—Éste es Hal Jervis, míster Finney —dijo Harris—. Está dispuesto a prestar su testimonio e incluso a mover los puños, si llegase a ser necesario.

Finney se puso en pie y estrechó la mano de Jervis.

—Encantado de conocerle, señor Jervis —dijo con voz cuidada Finney—. Contempló a Hal durante unos segundos y sonrió. —Es usted un gigante, señor Jervis. ¿Cómo consiguió esos músculos?

—Bueno, yo... Siempre me gustó el boxeo y los deportes rudos. Por otra parte, mi trabajo es duro, señor Finney.

—Celebro contar con usted, Hal, ¿me permite llamarle así? —Finney señaló al hombrecillo que ocupaba uno de los sillones y añadió—: Él es Ted Scranton, un detective de San Francisco.

Scranton hizo un gesto, pero no se levantó de su sillón.

A Hal le desagradó inmediatamente aquel individuo de tez descolorida, vestido con un traje veraniego que le iba indudablemente ancho.

Por el contrario, Howard Finney vestía con sobria elegancia, era amable y poseía la seguridad de cualquier hombre de negocios.

Inspiraba confianza, ésa era la verdad.

Finney les invitó a sentarse y les ofreció bebidas y cigarrillos.

Luego miró a Jervis y dijo:

—Supongo que el señor Harris le habrá informado sumariamente de su cometido, señor Jervis.

—Me dijo que le habían robado un camión, señor Finney. Y que necesitaban a dos personas como testigos.

—Eso es. Verá: no es la primera vez que roban uno de mis camiones. Casi siempre eligen aquéllos cuya carga es más valiosa. En el caso presente, la carga del camión desaparecido vale sesenta

mil dólares.

—¿Tanto?

—Sí. El camión cargaba artículos de piel, ¿comprende? Objetos tales como caletas, bolsos, pitilleras, etc. Una mercancía cara y fácil de revender. Como en las anteriores ocasiones, el camión desapareció en las inmediaciones de esta ciudad. Afortunadamente, Scranton se ha movido aprisa. Según él, hay un camión semejante en los hangares de Houlton Site. Hace unos minutos he hablado con Ed Murphy, el jefe de policía de Auburn. Murphy está dispuesto a respaldarme... siempre que encontremos mi camión en esos hangares.

Scranton se había puesto en pie.

—Su trabajo será elemental: vendrán con nosotros y prestarán testimonio de lo que vean. Si recuperamos el camión con su cargamento, el señor Finney está dispuesto a compensarles generosamente. Además de los mil dólares de gratificación, procurará demostrarles su agradecimiento de forma efectiva. Usted, señor Jervis, se ha despedido de su empleo, según nos informó Harris. ¿Qué le parecería un puesto de conductor en la empresa Finney?

Hal perdió la respiración.

—Me... me sentiría muy complacido —respondió—. Pero...

—Hable.

—La verdad, no sé por qué se arriesgan tanto por recuperar ese camión y su cargamento. Las compañías de seguros suelen pagar en estos casos.

—Celebro que esté bien informado, Jervis. Por desgracia usted ignora que las aseguradoras suben mucho sus primas cada vez que uno de mis camiones es robado. Actualmente, pago más de veinte mil dólares mensuales en concepto de seguros. Si esta situación se agrava, llegará el momento en que los beneficios de mi empresa irán íntegros a parar a las arcas de la compañía de seguros, ¿va entendiendo? Necesito desarticular la banda de maleantes que está a punto de arruinar mi empresa. Por lo demás, debo preocuparme también de la seguridad de mis conductores. Algunos de ellos fueron obligados a abandonar su camión, sin sufrir ninguna clase de violencias físicas. Pero en el último asalto...

—¿Qué ocurrió, señor Finney?

—Uno de los dos conductores recibió un culatazo en la cabeza que le fracturó el occipucio. Murió ayer. Su viuda y sus dos hijos quedarán en una tristísima situación, a pesar de que mi empresa les pasará una pensión. Bien... ahora ya sabe la razón por la que deseo recuperar ese camión y encontrar a los ladrones, Jervis.

Hal advirtió que Finney parecía desolado.

—Puede contar conmigo, señor Finney. Y si las cosas terminan bien, me sentiría muy honrado conduciendo uno de sus camiones —dijo con voz ronca.

—Gracias, Jervis. Creo que Harris sabía lo que hacía cuando le propuso venir a visitarme —respondió Finney. Y se volvió hacia Scranton—. ¿Cree que debemos ir ahora, Ted? Tal vez sería mejor dejarlo para mañana.

—¿Está loco, señor Finney? —exclamó el delgadísimo detective—. Si lo dejamos para mañana, es posible que no encontremos nada cuando lleguemos allí. Hágame caso: es mejor ir ahora mismo a Houlton Site. Seguramente, los ladrones escogerán la noche para situar el camión lejos de esta zona.

—De acuerdo, usted sabe más que yo de estas cosas, Ted. Iremos ahora, mismo. ¿Están dispuestos, Jervis, Harris?

Los dos jóvenes asintieron.

Bajaron en el ascensor.

Era de noche ya. En el aparcamiento, Scranton señaló un gran «Mercury» azul.

—Será mejor que conduzca usted, Jervis. Yo viajaré junto a usted y tendré las manos libres —propuso el detective.

Hal asintió, encantado. Conducir un automóvil como aquél suponía un placer, más que un trabajo.

Harris y mister Finney se acomodaron atrás y Scranton se sentó a su lado.

—Adelante.

Hal dio al contacto y salió a la calle.

A velocidad moderada, recorrieron las principales calles de Auburn hasta alcanzar la carretera Veinte. A dos kilómetros de distancia brillaron los focos de Houlton Site, la zona industrial.

Guiado por Scranton, Hal condujo el automóvil a lo largo de las avenidas comerciales.

Finalmente, el detective señaló la hilera de hangares, rodeados

por una alta verja metálica.

—Es ahí.

—¡No es posible! —dijo, volviéndose hacia Finney—. Ésos son los garajes de la empresa Tower & McGeugh.

Conozco a Tower y a Larry McGeugh: son dos personas honradas. De ninguna forma permitirían que un camión robado fuera ocultado en sus hangares.

Finney pareció preocupado, escuchando las palabras de Jervis. Pero Scranton se apresuró a exclamar:

—¿Y quién le dice que esas dos personas están complicadas en el robo? Es muy posible que los ladrones sean algunos de sus chóferes. De todas formas, si encontramos el camión, alguien tendrá que darnos una explicación, ¿no cree, amigo Jervis?

—No sé qué decir... En realidad, no puedo creer que Tower y McGeugh llegasen a prestarse a ningún chanchullo. Larry McGeugh estuvo conmigo en Vietnam. Es el hombre más honrado y limpio que conozco... ¿Qué piensa usted, señor Finney? —preguntó, volviéndose hacia él.

—Pienso como Scranton. Si encontramos el camión ahí dentro, las cosas se aclararán, a no dudarlo. Caso contrario, yo asumo toda la responsabilidad. ¡Adelante, Jervis! ¡Diríjase a la entrada!

—Pero... La verja está cerrada. Tendremos que llamar al vigilante nocturno —opuso Hal.

Scranton lanzó una carcajada.

—Es usted un novato, Jervis. Si avisamos al vigilante, los ladrones dispondrán de tiempo suficiente para escapar con el camión por otra puerta.

—¿Entonces...?

—Sólo hay una solución: arranque y embista la verja. Si encontramos el camión robado ahí dentro, no habrá responsabilidad para nadie —respondió el detective.

—Pero el coche...

—¡Al diablo el coche! —estalló Scranton—. ¿O es que tiene miedo, Jervis?

Hal hinchó el pecho y dirigió la vista hacia adelante.

Las instalaciones de la

Tower & McGeugh

aparecían cerradas y en silencio.

Sólo había una luz encendida: la que correspondía al puesto de vigilancia del guarda nocturno.

Al fin, Hal se decidió.

Apagó los faros, movió la palanca de velocidades y arrancó a buena velocidad.

El coche embistió la verja de entrada. Un surtidor de chispas brotó en la oscuridad cuando el parachoques empujó salvajemente la verja.

Al fin, una de las dos hojas de barrotes debió saltar de sus goznes y el automóvil se precipitó hacia el andén de carga y descarga situado ante los hangares.

—¡Hacia la izquierda! —gritó Scranton.

Hal torció el volante y dirigió al detective una mirada fugaz.

Entonces pudo advertir que Scranton llevaba una pistola de largo cañón en la mano.

Fue a decir algo, pero en aquel momento un hombre corrió hacia el automóvil.

Era el guarda nocturno.

El hombre gritaba y gritaba, sin dejar de correr.

Entonces, Scranton sacó la pistola por el hueco de la ventanilla y disparó.

El guarda cayó rodando al suelo y dejó de gritar sus avisos.

Jervis frenó con tanta violencia que Duke Harris se fue adelante y golpeó en la espalda de Scranton.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó éste, con gran tranquilidad—. El hangar es el último de la izquierda. ¿Qué espera?

A Jervis le temblaron los labios.

—Scranton, acaba de matar a un hombre, ¿se da cuenta? Era un vigilante, un hombre honrado...

—... Que me hubiera volado la cabeza de un balazo si yo no me hubiera anticipado —dijo Scranton con frialdad de hielo—. ¿No vio su pistola? Se disponía a disparar. Y ahora, Jervis, arranque. ¡Recto hacia la puerta del hangar número uno!

CAPÍTULO III

Bajo la marquesina del aparcamiento había un gran sedán gris.

Hal lo vio de un fugaz vistazo, pero lo reconoció inmediatamente: era el «Buick» de Larry McGeugh.

—Recto contra la puerta, Jervis —ordenó Scranton.

Hal respiró hondo. Hundió el pie en el acelerador y condujo velozmente hacia la puerta metálica del garaje número uno.

En el momento de la colisión, Scranton se dejó caer sobre el asiento, cubriéndose el rostro con las manos.

El impacto no tardó en producirse.

El golpe fue tan salvaje que el pecho de Hal chocó contra el volante y un agudo dolor recorrió su espalda.

—No pasaremos —murmuró entre dientes, a punto de perder el conocimiento.

El cristal parabrisas saltó en pedazos. Sus fragmentos golpearon el rostro de Hal y unas gotas de sangre tibia resbalaron hasta su mentón.

La puerta levadiza de hierro del garaje se había doblado en dos y el «Mercury» se escurrió por debajo.

—¡Afuera, afuera! —rugió Scranton. Y se echó fuera del coche.

Hal agitó la cabeza para ahuyentar las brumas que le rodeaban. Vio a Harris y a Finney.

Finney llevaba una pistola en la mano izquierda.

—¡Vamos, Jervis, salga de ahí! —gritó Scranton, impaciente.

Tambaleándose, Hal salió fuera del automóvil.

Se encontraban en un inmenso garaje. Sólo había dos grandes camiones de ruta, estacionados al fondo.

Scranton se había aproximado al muro de la derecha y maniobraba en el cuadro eléctrico.

La segunda puerta metálica del garaje se alzó despacio y se plegó sobre sí misma, dejando libre la salida.

Por otra parte, el «Mercury» había quedado atrapado materialmente bajo la primera puerta.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —preguntó Hal, todavía atontado—. El coche ha quedado inservible.

Pero nadie le contestó.

Finney y Scranton caminaban a buen paso hacia el fondo. Es decir, hacia los camiones.

Duke Harris, por su parte, permanecía en la entrada, en actitud vacilante.

Hal anduvo hacia él y le agarró por un brazo.

—¡Harris, esto no me gusta nada! Scranton... Scranton se ha comportado como un pistolero sin escrúpulos. Hay un hombre muerto ahí fuera... ¿En qué crees que puede terminar esto? —gritó.

Fue entonces cuando advirtió que Duke tenía una pistola en la mano.

Hal se la arrebató de un tirón y miró a Harris con sorpresa e indignación.

—¿Tú también llevas... esto? —rugió—. ¿Para qué necesitas una pistola?

—No es mía. Finney me la entregó. *«Por si acaso»*, me dijo. Yo...

—Creo que eres un maldito estúpido, Harris. Y que me has traído a una verdadera encerrona.

—Pero ¡Hal!, yo sólo sé lo que ellos han dicho... ¡Espera! ¿Adónde vas?

Viendo que Jervis corría hacia los camiones, Harris le siguió.

En aquel momento el garaje entero retumbó: Finney y Scranton acababan de poner en marcha los motores de los camiones.

Hal llegó junto a ellos en el momento en que uno de los camiones empezaba a moverse.

Leyó los grandes rótulos pintados sobre los costados metálicos del camión:

TOWER & MCGEUGH,
TRANSPORTES.

Y palideció.

—¡¡Finney!! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Espere ahí! ¡Me han engañado! Estos camiones son de...

El camión aceleró y el parachoques estuvo a punto de derribarle.

Loco de cólera, Hal se puso en pie y corrió hacia la salida.

Era la única solución a su alcance: cerrar la puerta antes de que aquellos dos granujas huyesen con los camiones.

Porque acababa de comprenderlo todo: Finney y Scranton no eran otra cosa que ladrones.

Detrás de él zumbaban potentes los motores de los camiones. Harris chilló de miedo, al otro lado del garaje.

De repente, Hal frenó en seco.

En la segunda puerta, abierta, acababa de aparecer un hombre.

Le reconoció enseguida: era Larry McGeugh.

Detrás de él, los camiones se aproximaban a la salida.

—¡Larry, apártate! Yo... —gritó Hal, descompuesto.

McGeugh desorbitó los ojos y cayó de espaldas.

Hal pestañeó, lleno de estupor.

¿Qué había ocurrido?

La idea llegó como un relámpago a su mente: Finney o Scranton acababan de disparar a sangre fría contra Larry.

Ya se volvía, furioso, cuando vio que el camión se lanzaba sobre él.

Sólo podía hacer una cosa si quería evitar morir aplastado: saltar.

Lo hizo. Su espectacular salto le situó a cinco metros de distancia. El golpe contra el piso de hormigón fue duro y casi le privó del conocimiento.

A su lado, los dos camiones escaparon como una tromba.

Harris llegó junto a él y le abofeteó.

—¡Hal, Hal...! ¡Tenemos que escapar! —lloriqueó.

Hal abrió los ojos.

De repente, apartó a Harris y corrió hacia el caído.

Alzó su cabeza, acarició sus mejillas... como si con ello pudiera resucitarle.

—¡Larry, Larry, por amor de Dios! ¡Tienes que saber la verdad! ¡No puedes morir, no debes morir...! Yo no lo hice, Larry: debes creerlo. Yo...

—Déjalo —gruñó Harris, detrás de él—. Está muerto.

Hal se volvió y le miró. Su rostro tenso, asustó a Harris.

—Tú tienes la culpa. Me engañaste, Finney y Scranton sólo son dos rufianes, dos ladrones, dos asesinos sin conciencia...

—¡Espera, Hal! No seas loco. ¡Óyeme! Yo sabía tanto como tú. Sólo vi la posibilidad de ganar mil dólares de forma fácil...

Hal Jervis llegó junto a él y sus dos grandes manos abarcaron el cuello de Harris.

En aquellas circunstancias, no hubiera sido extraño que Jervis hubiera matado a Harris: estaba absolutamente desquiciado.

Por fortuna, el silencio de la noche se vio perturbado por el chillido agudo de varias sirenas.

Entonces, Hal soltó a Harris y se volvió, demudado, hacia la solitaria avenida que daba acceso a los garajes de Tower & McGeugh.

—¡La policía! —murmuró Duke Harris, asustado.

—Sí, la policía —murmuró también Hal—. Larry estaba aquí. Debí suponerlo al ver su coche en el aparcamiento. Oyó los gritos del vigilante y salió al andén. Descubrió el cadáver del guarda, llamó a la policía...

—¡No perdamos tiempo, Hal, por favor! ¡Huyamos! Dentro de unos minutos la policía estará aquí. ¡Nos detendrán!

—Sí, nos detendrán —asintió Jervis, con expresión lejana.

—Pero ¿es que no lo comprendes, estúpido? Somos los únicos responsables, los únicos sospechosos. Finney y Scranton han huido y nadie podrá encontrarles, aunque nosotros les denunciemos. No nos creerán una sola palabra. Pensarán que quisimos robar los camiones de McGeugh. ¡Pagaremos la muerte del vigilante y también de Larry McGeugh! ¡Nos pudriremos en la cárcel, jamás volveremos a ver la luz del sol...!

Hal le miró.

Súbitamente, el pánico se apoderó de él.

—¡Sí! —exclamó de repente—. ¡Huyamos! Utilizaremos el «Buick» de Larry. Después...

Ya corría hacia la marquesina de la zona de aparcamiento, cuando Duke le detuvo.

—No queda tiempo, Hal. Los coches se acercan, ¿los ves?

Dos automóviles se acercaban por la avenida central, haciendo destellar sus luces giratorias de aviso.

Por un momento, Hal se sintió turbado, sin saber qué hacer.

—Hay que recoger la pistola —dijo Duke, espantado—. Debió caérsete en el garaje.

Corrieron hacia el garaje y buscaron ansiosamente.

Sí, allí estaba la pistola, debajo de los neumáticos del destrozado «Mercury».

Harris la recogió.

Luego, a toda la velocidad de sus piernas, rodearon el garaje, atravesaron un parque de viejos camiones desechados y alcanzaron la verja.

Estaban escalándola cuando a sus espaldas sonó el chirrido de los neumáticos de los coches policiales.

CAPÍTULO IV

Abrió los ojos. Le escocían los párpados.

Duke Harris dormía tranquilamente sobre el pasto reseco.

Pero él no había logrado conciliar el sueño en toda la noche.

«He cometido la mayor estupidez de mi vida», pensó amargamente.

Súbitamente los recuerdos de la noche anterior volvieron a su mente.

Pensó en Larry McGeugh.

Pobre Larry, pobre amigo de los malos tiempos de Vietnam, muerto a balazos, como cualquier malhechor.

—Estúpido, estúpido, mil veces estúpido —susurró.

Se había tragado sin más el «cuento» de Finney y de Scranton, sin profundizar más.

El «honrado» propietario de una empresa de transportes no era sino un ladrón y un asesino.

Y en cuanto a su pomposo detective Scranton... aquel bichejo de tez descolorida y ojos sin brillo solo era un hampón, un pistolero de tres al cuarto.

Finney y Scranton. Posiblemente ni los nombres serían auténticos.

La inquietud no le permitía pensar tan coherentemente como Hal quisiera.

Habían logrado escapar, era cierto.

Huyendo como dos delincuentes, habían conseguido volver a la ciudad.

Harris había tomado la iniciativa.

—Mientras las cosas se van aclarando, lo mejor es que pongamos distancia por medio —dijo.

Habían huido en el «Masserati» de Duke Harris. El precioso coche deportivo había servido, al menos, para ponerles a más de

cien kilómetros de distancia de Auburn, en apenas una hora.

Ahora se encontraban en las proximidades del lago Almanor, muy cerca de la zona volcánica del Parque Nacional Lassen.

Harris se había detenido allí, juzgando que la zona, muy montañosa y accidentada, les serviría perfectamente de escondrijo.

¿Hasta cuándo...?

Duke se removió en aquel momento.

Hal giró el cuello y vio que su obligado camarada se desprecizaba como un tigre, le miraba y decía:

—Tengo hambre.

El rencor hinchó el poderoso pecho de Hal Jervis.

—¡Tú, maldito piojoso! —gritó de improviso, poniéndose en pie—. Tú eres el único responsable, canalla.

—Pero...

—Ahora lo comprendo muy bien. Tu coche, tus trajes, tu dinero... lo obtuviste siempre fácilmente, ¿verdad? Con «negocios» como el de Finney —bramó Hal.

Jervis se había puesto en pie y avanzaba belicosamente sobre él. Un solo golpe de aquellos descomunales puños bastaría para derribarle.

Por eso se puso en pie de un salto y retrocedió hasta los arbustos.

—No seas bestia, Hal. ¡Espera! ¿No comprendes que he sido engañado como tú? ¡Yo no conocía los planes de Finney! Pensé, pensé...

—Tú viniste a complicarme la vida, Duke. Y tienes que pagarlo —bramó Hal, saltando sobre él.

Harris alzó una pierna y le golpeó en la cara. De forma tan salvaje que Hal cayó al suelo, atontado.

—Maldito seas, Hal. Eres un cabezota —gruñó, sin dejar de aumentar la distancia entre los dos—. Simpatizaba contigo, vi la posibilidad de ofrecerte unos dólares de ganancia y te lo propuse...

Muerto de miedo, contempló cómo Jervis se alzaba del suelo como si no hubiera recibido el menor daño y se aproximaba a él a grandes zancadas.

Harris tropezó en un pedrusco y cayó de espaldas.

Hal saltó sobre él, dominado por la locura.

Sus largos dedos hicieron presa en la garganta de Harris, cuyo

rostro comenzó a amoratarse rápidamente.

Entonces, Hal abrió los ojos y contempló aquel rostro hinchado, impresionantemente congestionado.

Y comprendió que si apretaba un poco más, el cuello de Harris se rompería.

Aflojó las manos, dejó escapar el aire de sus pulmones con un silbido y se cubrió el rostro con las manos.

Harris aspiró aire puro con ansia y manoteó, desesperado.

Poco a poco, sus facciones fueron normalizándose y el ritmo de su respiración se hizo más sosegado.

Hal se puso lentamente en pie y le ayudó a incorporarse.

—Has estado a punto de matarme, Hal —dijo Duke, con la voz enronquecida aún—. ¿Por qué no terminaste de hacerlo?

Hal le pasó un brazo por la cintura y le llevó hasta el coche, escondido entre la mancha verde oscura de los matorrales.

Le dejó sentado a la sombra y le miró con pesar.

—Lo siento, Duke. La locura me cegó. Por otra parte... ni siquiera debí golpearte. Los dos estamos metidos en la misma dificultad. Además...

—Sigue...

—Tú eres tan estúpido e ingenuo como yo. Los dos nos hemos dejado engañar por esos dos granujas. No hay ningún reproche.

—Eso está mejor, amigo —dijo, sin rencor. Y añadió—: Pero sigo teniendo hambre.

—Yo también —confesó Hal.

Y ambos se echaron a reír.

—¿Qué podemos hacer, Duke? —preguntó, inquieto—. Nada —respondió aquél—. Excepto esperar. Si como suponemos, Larry McGeugh estaba muerto, creo que nada debemos temer. No nos vio nadie. O mejor, sí. Nos vieron el vigilante y McGeugh. Pero ambos están muertos. Y, que sigan estándolo, será la única garantía de que podamos volver tranquilamente a Auburn.

Hal no dijo nada.

Retorció nerviosamente una ramita, mientras reflexionaba sobre las palabras de Duke.

«Que sigan muertos es nuestra única garantía».

—Para que nosotros podamos vivir tranquilos, es necesario que esos dos hombres estén muertos —murmuró.

—Ya sé que estimabas a McGeugh. Pero piensa que ni tú ni yo somos culpables, Hal. La justicia es ciega. Si uno de los dos hombres estuviera malherido solamente, ¿imaginas lo que ocurriría?

Claro que Hal podía imaginarlo.

Hablaría.

Diría: «Yo les vi: eran Duke Harris y Hal Jervis. Jervis tenía una pistola en la mano. Debió disparar, porque sentí un golpe en el pecho y caí al suelo. No sé más...»

Así sería, sin quitar ni poner una sílaba.

A medida que pensaba en ello, la respiración de Hal se tomaba más rápida y dificultosa.

Todo estaba claro como el cristal: Larry no había podido ver más que a él mismo y a Duke.

Con la escasa iluminación del garaje —la única bombilla del cuadro eléctrico que Scranton había encendido—. Larry no hubiera podido ver a Finney y Scranton, en las cabinas de los camiones.

Hal se atragantó al respirar.

Porque acababa de sorprenderse a sí mismo deseando fervientemente que Larry McGeugh estuviera a aquellas horas muerto y bien muerto.

La convulsión que sufrió al compás de aquellos pensamientos fue tan violenta que Duke se asustó al ver su rostro desfigurado por la tensión.

—¿Te ocurre algo, Hal?

—Soy un miserable —murmuró—. Estaba deseando que McGeugh esté muerto. Pero eso no puede ser, ¡no debe ser! Larry debe vivir. Es un buen hombre, honesto, honrado, noble...

—Pero, entonces... ¡eso sería catastrófico, Hal! Nos acusará. Seremos acusados de robo y asesinato y centenares de policías nos buscarán... ¡Sería nuestra perdición!

—Tienes miedo, ¿verdad, Duke? —preguntó.

—¡Sí! No quiero pasar el resto de mi vida en una prisión —respondió con ardor Harris—. ¿Es que tú no tienes miedo?

—Sí. Lo tengo. Estoy espantado. Pero a pesar de ello, si pudiera hacer revivir a McGeugh con sólo desearlo, le resucitaría. Desgraciadamente, eso no depende de mí, Duke...

—Afortunadamente, diría yo —exclamó Duke, respingando.

Abrió la portezuela del «Masserati», se sentó tras el volante y dio

el contacto.

—¡Espera! —rugió Hal—. ¿Qué te propones?

—Necesitamos comida, ¿no? Si tenemos que ir a la cárcel, será mejor que lo hagamos con el estómago lleno. Sube. Cerca de Westwood hay una estación de servicio y un restaurante. Comeremos y compraremos algunas provisiones. Y también algún periódico y cigarrillos.

Hal dobló la cintura para poder acomodarse en el interior del pequeño vehículo y se apoyó en el respaldo.

—Animo, Hal. Saldremos de ésta, ya lo verás. Por el momento sólo debemos preocuparnos de no dejarnos ver demasiado. Tenemos mil dólares entre los dos y... muchas ganas de seguir viviendo. Si vemos que las cosas se ponen mal, trataremos de alcanzar Oregón. En Oregón existen numerosos albergues de montaña, donde podemos pasar desapercibidos.

Como Hal no contestara, Duke arrancó y volvió despacio a la carretera.

Cinco millas más allá se detuvieron ante una estación de servicio.

—Ve tú. Yo no me moveré de aquí —dijo Hal.

Duke siguió la dirección de los ojos de Jervis y vio las dos motocicletas estacionadas a la entrada del restaurante.

Naturalmente, eran dos motocicletas de las utilizadas por los policías de carreteras.

Comprendiendo el estado de ánimo de Jervis, Duke preguntó:

—¿Tienes miedo?

—No —respondió Hal. Y su camarada no se atrevió a insistir.

—De acuerdo. Compraré provisiones en el *self-service*. Y volveré enseguida. Tranquilo, Hal.

Jervis le vio ir.

No tenía miedo. O mejor, sí: tenía miedo a matar.

Porque la pistola, cargada de balas, estaba oculta bajo su cinturón.

Y Hal Jervis no podía asegurar que sus nervios no fallasen ante aquellos hombres. Si se veía en peligro, era posible que utilizase la pistola.

Y entonces...

CAPÍTULO V

—¿De qué puedes quejarte? —gruñó Duke, malhumorado.

—No he dicho nada, Duke —respondió.

—¡Sí, sí, ya lo sé! —masculló Duke golpeando las planchas del automóvil con rabia—. No dices nada. Y eso es lo que me pone nervioso. Me miras de cuando en cuando, como recordando que fui yo quien te metió en el lío.

—No perdamos el tiempo, Duke. Tenemos que construir una cabaña donde pasar la noche. De día hace calor, pero cuando el sol desaparezca nos helaremos de frío, probablemente. He estado en Vietnam y...

—Ya lo sé. Te enrolaste en los *marines* y aprendiste muchas cosas. Pero no puedes resolver nuestra situación. Hemos estado todo el día aquí, metidos como cucarachas entre las rocas. Y no puedo aguantarlo...

—Vamos, ayúdame.

Duke dejó caer los brazos.

Al amparo de unas rocas, formaron una especie de cabaña.

Hal era muy hábil y había fabricado unas rústicas cuerdas vegetales con las que entrelazaban perfectamente los palos y las ramas.

—No puedes quejarte de nada —insistió Duke, mientras le iba aproximando los palos—. Tenemos un coche, ¿no? Podemos desplazarnos fácilmente.

—Un coche europeo, demasiado vistoso y raro. Será fácilmente reconocible para los policías, si es que nos buscan —respondió Hal, sin dejar de mover rápidamente los dedos.

—Podemos cambiarles las placas de matrícula.

—Para eso es necesario ir a un taller. Nos verán. Y podrán dar nuestra descripción a la policía.

—¿Qué quieres? No estoy aquí por mi gusto. A estas horas... Yo

me encontraría en

Black & White,

jugando una partida de póquer, servido por una linda camarera...

—Yo no te traje aquí —dijo suavemente Hal.

—Vamos, vamos, Hal, no discutamos. Somos dos camaradas, ¿no? Saldremos de ésta, lo sé. Tenemos comida para una semana, cigarrillos y un frasco de agua de diez litros... Tú leíste el *California Express* de Sacramento. Ninguna noticia respecto a «lo nuestro». Larry McGeugh estaba muerto. Y bien muerto.

—Tal vez no —dijo con esperanza—. Tal vez Larry esté vivo.

—Bah —murmuró Duke—. Terminemos cuanto antes. Y otra cosa, Hal: de todas formas, es lo mismo. Tus huellas están perfectamente impresas en el volante del «Mercury» y también en la palanca del cambio de velocidades.

—Sí. Pero quizá la policía no se pare a pensar en ello.

—No seas iluso, muchacho —masculló—. Claro que tomarán las huellas del coche. Es lo único que tienen, por ahora. He estado pensando en todo lo que ocurrió anoche. Por ejemplo, ¿recuerdas que Finney y Scranton se colocaron unos guantes de piel cuando salíamos del hotel?

—Sí —rezongó Hal con voz reconcentrada—. Fueron muy precavidos. Lo hicieron todo perfectamente, sin un solo fallo. Habían decidido que nosotros, dos estúpidos, cargásemos con el «pato». Y así ha sido. Sin embargo...

—¿Sin embargo? —repitió Duke con leve burla.

—No lo tuvieron en cuenta todo. Se olvidaron de algo a la hora de cubrir sus espaldas.

—¿Qué es ello?

—Te lo diré: debieron matarnos. Porque yo no voy a olvidarme de esta burla. Finney y Scranton, o como diablos se llamen, jugaron sucio conmigo y contigo. Te lo juro, Duke: no voy a descansar hasta encontrarles.

—No seas tonto. No les encontrarás jamás. ¿Crees que en una ciudad como Frisco[1] es fácil encontrar a dos tipos escurridizos como ellos? Desengáñate: jamás volvemos a tropezar con esos dos.

—¿Frisco? —preguntó—. ¿Cómo sabes que provenían de allí?

—Bueno, lo deduje...

—¿Por qué...?

—Déjame pensar. ¿Cómo fue? ¡Sí, ahora lo recuerdo! —exclamó Duke, como si hiciese un descubrimiento—. Fue ayer, hacia las once de la mañana, cuando entré a tomar café en Nevada Bar. Scranton estaba en el teléfono, muy cerca de la barra. Hablaba con alguien y dijo: «Antes de las seis de la mañana estaremos en Frisco, si todo va bien». Como el bar está muy cerca de la carretera, Finney interrogaba al *barman*, en relación con los camioneros que solían detenerse en las inmediaciones...

—Eso es interesante, Duke, ¿no lo comprendes? Scranton estaba poniéndose de acuerdo con sus cómplices de San Francisco, sobre la hora aproximada en que llegarían allí con los camiones robados de Tower & McGeugh.

Ahora sabemos que su base es San Francisco, que operan desde allí.

—¿Y qué? —exclamó Duke, con descaro—. De nada nos servirá. Sería como buscar un par de agujas en un pajar. Desengáñate de una vez, Hal: sólo podemos hacer una cosa. Huir. Cuanto más lejos mejor.

—No quiero huir. No antes, por lo menos, de saber que Larry McGeugh ha muerto. E incluso así, no me rendiré: llegaré de alguna forma hasta San Francisco. Algún día encontraré a Finney y Scranton y entonces...

—¿No entro para nada en tus planes, Hal? —preguntó Duke, con algo parecido al resentimiento.

—No imaginaba que mis planes te interesasen. Pero si quieres seguir unido a mí...

—Sí. Y no creas que es por egoísmo. Estoy de acuerdo en que tú eres más inteligente que yo, pero...

—Dilo.

—Estamos juntos, ¿no? Somos camaradas. Y también yo tengo ganas de verme cara a cara con esos dos canallas. Escucha: reconozco que he vivido hasta ahora de una forma poco... honesta. Pero todo lo peor que he hecho ha sido jugar al póquer con trampas o prestarme a vender coches robados. Si tú quieres rodar hacia el sur, yo te acompañaré.

—Muy bien. Pero por ahora será mejor que sigamos en estas estribaciones de Lassen Peak, hasta que averigüemos algo. Y ahora, terminemos la cabaña. De todas formas, pasaremos frío. Pero peor sería tener que dormir al raso.

Duke trajo del automóvil una manta pequeña, algunas latas de conserva y la única linterna de la que disponían.

Comieron frugalmente y se acostaron en sus camastros de agujas de pino en cuanto la luz del día desapareció.

Duke se durmió pronto, en cuanto hubieron terminado de fumar sus cigarrillos. Pero no tardó en despertarse.

—Estoy helado —gimió—. No puedo aguantar este frío.

—Calla. No pienses en el frío. Piensa en dormir. Eso es lo único importante ahora —aconsejó Hal.

También él empezó a sentir el frío.

Sin embargo, no se quejó.

Ni siquiera trató de recuperar su parte de manta, cuando Duke, ya dormido, se volvió bruscamente y le dejó sin ropa.

Al amanecer, abandonó la cabaña y vagó por las quebradas y las pendientes hasta que su cuerpo entró en calor.

Entonces volvió al improvisado campamento, abrió la portezuela del coche y se introdujo en él.

Conectó la radio del panel y permaneció unos minutos escuchando la música de una emisora de Sacramento.

Distraído en sus pensamientos, no escuchó la primera parte del boletín de noticias.

Sólo prestó atención cuando escuchó aquellas palabras:

«... a propósito del asalto a las instalaciones de la

Tower & McGeugh,

de Auburn, a consecuencia del cual un vigilante nocturno resultó muerto a balazos...»

Aumentó el volumen inmediatamente y aproximó su oído a la radio.

«Larry McGeugh, uno de los socios de la empresa de transportes, pasado su estado de extrema gravedad, ha hecho unas declaraciones al comisario Murphy. Nuestro enviado ha logrado enviarnos el siguiente resumen: Míster McGeugh se encontraba aún en las oficinas de la empresa, cuando escuchó los gritos del vigilante armado, hacia las nueve de la noche. Abandonó el edificio con la natural alarma y tropezó con el cadáver del vigilante.

»Comoquiera que la puerta de uno de los hangares apareciese destrozada, míster McGeugh corrió, hacia allí, tratando de averiguar lo ocurrido. “Me cuesta tener que declararlo así —ha dicho míster

McGeugh—, pero el hombre que disparó sobre mí es Hal Jervis, un antiguo compañero de Vietnam. Le acompañaba un hombre de su edad llamado Harris. Otros dos hombres, a los que no pude reconocer, trataban de sacar del garaje dos de nuestros camiones, cargados con material electrónico con destino a la construcción de computadoras, en el centro de la empresa Xank en Los Ángeles. Eso es todo lo que puedo decir”, terminó míster McGeugh, que recobró el conocimiento esta madrugada en la clínica:

»Red Cross de Auburn...».

Hal tragó saliva. ¡Larry, su viejo amigo Larry, el compañero de los tiempos locos de Vietnam, se había salvado! ¡Vivía!

Pero el locutor seguía hablando:

«... a pesar de lo cual, los camiones robados no han sido hallados. Se espera, sin embargo, que Jervis y Harris sean detenidos en breve. En relación con ello, hacemos una llamada a todos los camioneros que se encuentran en ruta y a los ciudadanos en general: si cruzan con un “Masserati” color verde esmeralda, matrícula

CAL-3321,

deben detenerse en el pueblo más próximo y telefonar a la policía de carreteras, cuyo teléfono...»

Hal apagó bruscamente la radio. Ya se disponía a salir del pequeño coche, cuando tropezó con Duke. —¿Has estado escuchando?— preguntó.

Duke lanzó una risotada amarga.

—Claro que sí. Oí la música e incluso me asusté, a ver que no estabas junto a mí —exclamó.

Luego expulsó el aire con fuerza y dijo tristemente:

—Bien, te has salido con la tuya: McGeugh vivirá Sin embargo, no puedo decir lo mismo de nosotros...

Probablemente, los policías de carretera dispararán sobre nosotros en cuanto nos vean, sin molestarse en avisar. ¡Y todo por culpa de tu condenado Larry McGeugh!

CAPÍTULO VI

Hal volvió al campamento hacia el mediodía.

Venía cargado con dos sacos de dormir que había comprado en la tienda del albergue del parque nacional Lassen y traía también dos placas de matrícula para automóvil.

—Las robé en el aparcadero del albergue. Pero no podremos utilizarlas mucho tiempo. Probablemente el dueño denunciará el robo a la policía y entonces...

—¡Ya era hora de que llegases! He pasado una mañana infernal —farfulló Duke.

—No he podido llegar antes. El albergue está a ocho kilómetros de aquí. Pero ¿por qué has pasado una mañana infernal? —preguntó Hal.

—Un helicóptero ha estado sobrevolando esta zona toda la mañana. Me sentí aterrado: pensé que estaban buscándonos —confesó.

—Nada tenías que temer. Yo también he visto el helicóptero. Pertenece al Servicio Forestal Contra Incendios y hacían un reconocimiento de rutina —explicó.

—Pues bien: maldita la gracia que me hace, en cualquier caso. ¿Sabes una cosa, Hal? No creo que podamos resistir mucho tiempo aquí. Esto es una trampa. Si nos sorprendiesen aquí, ¿por dónde huiríamos? El terreno es accidentado, intransitable, útil solamente para los gamos y las águilas. Mi coche no podría rodar durante mucho tiempo a través de estas barrancas. Creo que debiéramos huir.

—¿Vas a rendirte tan pronto? No es fácil que nos descubran aquí. Pero sí si salimos a la carretera. Ten confianza. Tenemos que dejar pasar el tiempo. Cuando haya pasado un mes, se habrán olvidado en parte de nosotros. Otros casos policiales atraerán la atención de los policías...

—¡Un mes! Me declaro incapaz de pasar ese tiempo en esta soledad. Creo que si alcanzáramos Oregón... ¡Con las placas de matrícula que has conseguido podríamos lograrlo!

—¿Ya has cambiado de parecer, Duke? Habías prometido que seguirías junto a mí hasta el final —le reprochó Hal con dureza—. Ahora lo comprendo: eres un cobarde, estás aterrado, ¡confiésalo!

—No soy un héroe, si te refieres a eso. ¡Y sí!, tengo miedo. Si llegásemos a caer en manos de Ed Murphy, lo pasaríamos mal. ¿No has oído hablar de él? Murphy odia a cualquier delincuente, aunque se trate de un simple sospechoso. ¿Y sabes por qué? En Auburn, hay muchas personas que están en el secreto: a su madre la violó un expresidiario a quién el padre de Murphy también policía, había metido en la cárcel. Su madre murió poco después, cuando Ed apenas tenía dieciséis años. Estaba estudiando Medicina en San Francisco, pero dejó la Universidad para ser policía. Todo el mundo piensa en Auburn que se hizo policía para poder vengarse en cuantos infelices caen en sus manos...

—Sí. Creo recordar algo de eso. Pero nada tiene que ver con nosotros. No caeremos en manos de Murphy, sí es eso lo que temes. Escúchame con atención, Duke a nadie nos encontrará en este lugar. Por tanto, sólo se trata de tener paciencia y aguardar.

Harris se encogió de hombros y se alejó hacia la enramada.

Pasaron seis días. Apenas tenían provisiones ya, y Harris se sentía más y más nervioso.

Su impaciencia estallaba de cuando en cuando en furiosas frases, que Hal escuchaba sin inmutarse.

—¡No aguanto más, maldita sea! Prefiero... incluso correr a ciento cincuenta por hora perseguido por docenas de policías. Pero este silencio, esta monotonía, este permanecer cruzado de brazos no puedo soportarlo.

Al día siguiente, Harris planteó el problema:

—Es necesario obtener comida. No tenemos nada.

Hal aplastó su cigarrillo sobre un guijarro y lo cubrió con un puñado de tierra.

—De acuerdo —asintió—. Iremos a Westwood a través de los caminos del parque nacional. Es posible que no tengamos ningún tropiezo desagradable.

Confiaba también en que las falsas placas de matrícula les

ayudasen a pasar desapercibidos.

Hacia las once, el «Masserati» rodaba a mediana velocidad contorneando el Almanor Lake.

A orillas del lago existía un embarcadero y un trampolín de madera desde el que se arrojaban al agua algunos excursionistas.

Inmediatamente, Duke pidió a Hal que se detuviera.

—¿Por qué no tomar un baño? Hace un calor inaguantable. Por otra parte, mi ropa interior está sudada. ¡No puedo soportarlo, huelo peor que una vaca!

Hal redujo la marcha y abandonó el camino.

Dudaba. Pero finalmente se decidió.

—Está bien —dijo—. Éste parece un lugar tranquilo y poco peligroso. Un buen baño relajará nuestros nervios.

Abandonaron el coche cerca de la orilla y buscaron un lugar alejado y boscoso para desnudarse.

Hal fue el primero en adentrarse en el agua y nadar vigorosamente lago adentro.

Duke nadó tras él y juntos fueron bordeando los entrantes y salientes de la orilla hasta alejarse algo más de un kilómetro.

Duke, cansado ya, se acercó a la orilla. Y de repente, grito algo que Hal no pudo entender en el primer momento.

—¿Qué?

—¡Mira! —volvió a gritar Duke.

Giró la cabeza y miró en la dirección que su camarada le indicaba.

Y palideció, intensamente al contemplar la silueta familiar de un autopatrulla.

El coche se había detenido al margen del camino que bordeaba el lago, muy cerca del «Masserati».

Dos hombres de uniforme descendieron del coche patrullero y caminaron decididamente hacia el «Maserati».

Hal se apresuró a salir del agua y reunirse con Duke que contemplaba a los policías con rabia y miedo.

—¿Qué esperas? —le dijo Hal—. ¡Vístete! Tenemos que alejarnos de aquí. Dentro de un momento, esos policías preguntarán a los excursionistas y éstos señalará este lugar. ¡Date prisa! ¿O quieres que te cacen?

—Malditos... ¡malditos sean! —gruñó Duke, colérico—. ¿Y el

coche?

—Lo hemos perdido. No debimos detenernos aquí. Es un lugar demasiado visible desde el camino.

—Entonces... ¡lo hemos perdido todo! En el coche están los sacos de dormir, el dinero... ¡todo! —sollozó.

—Sí —respondió Hal, serio—. Lo hemos perdido todo... menos la libertad. Date prisa. Sígueme. Tenemos que huir. Hay un bosquecillo próximo. Huiremos a través de él.

Corrieron a buena velocidad hacía oí bosque. Poco después escuchaban a sus espaldas el alarido de una sirena.

—¡Nos buscan! —gimió Duke sin dejar de correr.

—¿Qué esperabas? —jadeó Hal—. Pero no nos cogerán si sabemos dominar el miedo.

Siguieron corriendo, sin permitirse un solo minuto de descanso.

Fue una larga carrera de una hora, que les dejó agotados. Pero habían conseguido alejarse doce o catorce kilómetros del lago.

Finalmente, Duke se dejó caer tras unos riscos y Hal hizo lo mismo.

No hablaron durante media hora. Su jadeante respiración no se lo hubiera permitido.

Luego, cuando se hubieron recuperado en parte, Duke miró desolado a su camarada.

—Esto es el fin, Hal —dijo—. Sin dinero, sin coche Tendremos que robar para poder sobrevivir.

Pero Jervis le aferró bruscamente por el hombro.

—Nada de robar, Duke. No hemos cometido ningún delito, aunque la policía piense otra cosa. Por tanto, emprenderé ese fácil camino que acabas de mencionar.

—Entonces... ¿cómo piensas seguir viviendo? ¡No podemos alimentarnos de raíces, como los topos...!

—Descansemos ahora. Nos aguarda una buena caminata, Duke.

—Ni lo pienses. Estoy baldado. No conseguiría dar tres pasos seguidos.

—Andarás todo lo que sea necesario. Escúchame: vamos a abandonar el parque. Al anochecer saldremos a la carretera y haremos *auto-stop*, dirección Sacramento y San Francisco. Y una vez en San Francisco, no nos será difícil encontrar algún trabajo.

—¡Trabajo! —se lamentó Duke—. Es una actividad que detesto.

—Si quieres seguir junto a mí, tendrás que trabajar, Duke. Alguna vez habrá de ser la primera. Y no temas: trabajar no es tan difícil como tú crees —exclamó Hal con una pizca de burla.

—Está bien, tú mandas. Procuraré no despegarme de ti. Eso es todo —murmuró, abatido.

Poco después abandonaban los riscos y descendían hacia la carretera de Westwood.

En cuanto el sol se hubo puesto, los dos hombres se apostaron en mitad de una empinada cuesta de la carretera.

—Los camiones rodarán despacio cuesta arriba y será más fácil que se avengan a detenerse para recogernos —dijo Hal—. Pero abre bien los ojos: puede sorprendernos algún coche de la policía; en ese caso... saltaremos de cabeza a esos arbustos.

Duke asintió de mala gana.

Durante la primera media hora, algunos automóviles pasaron zumbando junto a ellos, sin dedicarles la menor atención.

—No se detendrá ninguno —gruñó Duke—. Los conductores tienen miedo de ser atracados por los desconocidos que hacen *auto-stop*.

—Calla. Estoy escuchando el zumbido del motor de un camión. Los camioneros son más amables. Tal vez nos recojan.

En efecto, pocos minutos después un gran camión articulado apareció al principio de la cuesta.

Cuando el vehículo estuvo a unos cien metros de los dos hombres, Hal reconoció el camión.

Y gritó:

—¡Es de la

Tower & McGeugh,

Duke! ¡Ocultémonos! Hal saltó hacia los arbustos y se agazapó, pero Duke no le siguió.

—¿Estás loco? —gritó Hal desde abajo—. ¡Los conductores de Larry McGeugh nos conocen! Si te ven ahí...

—¿Por qué tantas precauciones? —respondió Duke sin moverse de la cuneta—. El camión va muy despacio. Se detendrá, estoy seguro.

El vehículo pasó, cuesta arriba, con un zumbido horrísono. Pero no se detuvo, por lo que Duke empezó a maldecir sordamente.

Hal se apartó de los arbustos, dominado por la cólera.

Bruscamente aferró a Duke por los hombros y le zarandeó como a un muñeco.

—¡Estúpido, mil veces estúpido! Te advertí. Y tú no hiciste caso. Probablemente ese hombre se disponía a parar para recogerte, pero siguió adelante después de reconocerte...

—¡Déjame! Además... no creo que ese hombre haya podido reconocerme... con esta facha —exclamó Duke mostrando sus ropas sucias y desgarradas.

—Eres un infeliz. Ojalá me equivoque.

—¿Qué vemos a hacer? Es noche cerrada ya.

—¿Qué podemos hacer? Caminar hasta alcanzar Westwood, Tal vez, en la estación de servicio convenzamos a algún camionero de los que se detienen allí para que nos lleve hasta San Francisco o hasta el infierno —respondió Hal sin poder disimular su mal humor.

Cruzaron la carretera y caminaron a buen paso, sin cambiar una sola palabra durante el trayecto.

Los faros de los vehículos que provenían de Westwood les deslumbraron.

Por eso cuando, poco después, un automóvil se detuvo junto a ellos, ni Hal ni Duke lograron identificarlo.

Un hombre bajó de aquel coche y gritó:

—¡Quietos! Les estoy encañonando con una metralleta y otros tres policías les cubren con sus armas.

Estaban atrapados.

CAPÍTULO VII

Duke empezó a gimotear:

—Tenías razón. Ese tipo debió dar el «chivatazo» a la policía.

—¡Cállense! —gritó el hombre de la metralleta—. Avancen despacio y apoyen sus manos sobre el *capot* del coche, de cara a los faros. Adelante... ¡Así!

Otros tres hombres descendieron del coche y les rodearon.

No fueron muy delicados al cachearles.

Naturalmente, encontraron enseguida la pistola que Hal llevaba oculta bajo el cinturón de su pantalón.

—Ajá —gruñó el policía—. Pensabais utilizarla, ¿eh?

Hal no dijo nada. ¿Para qué? Habían caído y no valía la pena lamentarse.

Alguien le colocó diestramente unas esposas.

Duke empezó a hacer protestas de inocencia. Pero uno de los policías le obligó a callar prestamente.

Fueron obligados a penetrar en el coche. Y ya dentro, les ligaron entre sí con otro par de esposas.

El conductor esperó hasta que cruzó un gran camión de ruta y luego dio la vuelta en la carretera y volvió a Westwood.

Por el momento, Hal abrigaba la esperanza de que les hiciesen pasar la noche en la cárcel de Westwood, puesto que lo único que deseaba era descansar sus fatigados músculos.

Pero la esperanza de detenerse en Westwood se esfumó, puesto que el automóvil policial no llegó a penetrar en la ciudad.

Por el contrario, siguió a gran velocidad carretera adelante, con dirección sur.

¿Adónde se dirigían?

La respuesta la tuvo inmediatamente. El policía que se sentaba a la derecha del conductor se adaptó unos auriculares al cráneo y empezó a llamar a través del micro:

—¡Atención, Auburn, atención, Auburn! Llamada para el comisario Murphy... ¿Murphy? Habla Max Tane, de Westwood. Tenemos a los hombres que buscan: Hal Jervis y Duke Harris... ¿Sí? De acuerdo, vamos hacia allá. Cierro.

—¡Nos llevan a Auburn, Hal! —gimió Harris—. Y allí está Ed Murphy.

—Ya lo sé —respondió su camarada—. Lo he estado oyendo como tú. Pero todo se arreglará, no temas.

—Cállense —gruñó uno de los dos policías que les escoltaban a izquierda y derecha.

Hal se encogió de hombros. No quería dar motivos a aquellos hombres para que diesen rienda suelta a su brutalidad.

El viaje hacia Auburn fue increíblemente corto para los dos presos.

Finalmente, el automóvil se detuvo ante el cuartel de policía y los presos fueron obligados a descender.

Duke se detuvo rígidamente y señaló con un movimiento del mentón hacia los escalones que daban acceso al edificio.

Hal miró hacia allí y descubrió a la muchedumbre congregada en aquel lugar.

Habría un centenar de personas, hombres en su mayoría. Y parecían dominados por la excitación, pues en cuanto vieron salir a los presos del coche, una veintena de ellos se aproximó.

Algo extraño debió ver en ello Max Tane, el policía de Westwood, puesto que desabrochó su pistola y advirtió a los otros policías:

—¡Atención! Estad prevenidos. Esto no me gusta nada.

Elevó el tono de su voz y gritó a las personas que se acercaban:

—¡Apártense! ¡Dejen libre el paso!

En breves segundos, la multitud desbordó a los policías y se lanzó sobre los detenidos gritando amenazas.

—¡Son unos asesinos!

—¡No os atemoriceís, los policías no dispararán sobre nosotros!

—Sam tiene razón —gritó alguien—. ¡A por ellos!

¡Démosles su merecido!

Uno de los policías de Westwood cayó al suelo.

Inmediatamente, Hal se sintió empujado, golpeado y arrastrado.

La cólera más intensa inflamó su corazón.

Bruscamente dio un tirón y tres de los hombres que se aferraban a él salieron despedidos salvajemente y derribaron a otros tantos.

Cuadró los hombros, se plantó firmemente sobre sus piernas y les miró con ojos llameantes.

—¡Adelante! —exclamó—. Acercaos, si queréis. Al primero que logre cazar entre mis brazos... le, estrangularé.

Alrededor de los dos presos se formó un estrecho corro.

De repente, alguien tiró de Harris brutalmente y docenas de puñetazos cayeron sobre su cabeza.

El ataque fue impresionante. En sólo unos segundos, Duke quedó colgando del brazo de Hal, perdido el conocimiento y con los cabellos manchados de sangre.

Lágrimas de impotencia y de rabia brotaron de los ojos de Hal Jervis.

Un hombretón se acercó a él de improviso, con la cabeza gacha, en un intento de golpearle en el pecho.

Hal arrastró al desvanecido Duke y el hombre tropezó.

Antes de que hubiera podido retroceder, Hal alzó los brazos, elevando a Duke del suelo.

La cabeza de aquel hombre quedó atrapada entre los brazos de Hal.

Sus poderosos brazos se estrecharon y apretaron furiosamente.

Los hombres que le rodeaban se apartaron con el miedo reflejado en sus rostros.

El hombretón se agitó entre los brazos del preso.

Inútilmente, porque la trampa de los brazos de Hal Jervis era mortal.

Entonces Ed Murphy y varios policías de Auburn aparecieron en la puerta del cuartel.

Llevaban rifles en las manos y comenzaron a disolver rápidamente a la multitud.

Fue aquel momento de respiro el que aprovechó Max Tane para saltar sobre Hal y abatir su metralleta sobre él.

El preso cayó al suelo, atontado, y el hombretón que estaba a punto de morir logró escapar de sus brazos.

Cuando Murphy se acercó, Tane le saludó con cordialidad:

—Ha estado a punto de ocurrir una catástrofe, comisario. ¿Cómo es posible que no tuviera a algunos de sus hombres en la puerta? La

multitud trató de linchar a los dos presos y uno de ellos consiguió atrapar a uno de los linchadores. No sé qué hubiera ocurrido si no llego a derribar a Jervis de un culatazo...

—Jervis... —murmuró Murphy—. Naturalmente, es un asesino. No me sorprende que haya intentado algo a la desesperada.

Tane parpadeó, sorprendido. Pero enseguida se apresuró a aclarar las cosas:

—No se trata de eso, comisario. Los presos no hubieran hecho nada si sus ciudadanos no se hubieran lanzado sobre ellos como fieras sedientas de sangre. Debió...

—Sé muy bien lo que debo hacer —le cortó bruscamente Ed Murphy. Y agregó sin transición—: Será mejor que traigan a sus detenidos hasta la cárcel. Les firmaré el recibo.

Hal se puso en pie con dificultad. Un gemido salió de sus labios cuando dos de los policías de Westwood le ayudaron a ponerse en pie.

Duke, desvanecido, había sido llevado ya hacia la cárcel, después de que Tane abrió las esposas que les unían.

Escortado por los policías penetró en el edificio, pero cayó al suelo.

Murphy desenfundó velozmente su pistola al verle caer. Lo cierto era que se había quedado rígido, temiendo una trepa de Jervis con la única finalidad de escapar a la desesperada.

—Levántenle —ordenó a dos de sus agentes, al advertir que el preso era incapaz de incorporarse.

Max Tane lanzó una exclamación de sorpresa al ver cómo los policías de Auburn agarraban al preso con brutalidad indescriptible y le empujaban contra la pared, sujetándole con los cañones de sus rifles.

—¿Es necesario todo eso? —preguntó, indignado, a Murphy, al comprobar que los policías de Auburn desgarraban la cazadora del detenido para cachearle.

Murphy miró a Tane de pies a cabeza con expresión helada.

—Es usted demasiado joven, Tane. No tiene suficiente experiencia. Pero yo sé cómo tratar a los asesinos. Y puede jurar que no me dejaré sorprender por este hombre —respondió.

—Es posible que yo no sea un policía tan experto como usted, Murphy. Sin embargo, puedo decir que esos dos hombres no me

causaron ningún quebradero de cabeza. A pesar de que Jervis estaba armado y pudo balearme a placer en el momento de su detención.

—No hay que fiarse de los asesinos, amigo. Estos tipos poseen muchos recursos. Y sobre todo, debe pensar que Jervis está desesperado y que haría cualquier cosa con tal de escapar. Pasen al cuerpo de guardia. Uno de mis policías les extenderá el recibo.

A Tane no le gustó el tono de Murphy. Y lo dijo:

—No estoy a su servicio, Murphy. Y creo que debiera recordar que hemos sido mis hombres y yo los que hemos hecho posible la captura de Jervis y Harris. En cuanto a ellos... a pesar de mi inexperiencia, yo le aconsejaría que los traten de forma más suave.

—Es cosa mía —respondió Murphy con absoluta falta de cortesía. Y dio la espalda a Tane.

Los policías arrastraron a Hal Jervis hasta el cuerpo de guardia y le llevaron a una celda, distante de aquélla en la que habían encerrado a Duke Harris.

Hal quedó en el suelo, mareado y dolorido, respirando entrecortadamente, sin capacidad para moverse.

El pasillo quedó silencioso. Pasó algún tiempo.

Hal logró ponerse en pie y sujetarse en la reja.

Entonces recordó a Duke, derrotado, golpeado, escarnecido, con los cabellos empapados en su propia, sangre...

Un gemido infrahumano se formó en su garganta.

—¡Murphy! —gritó con voz tan ronca que ni él mismo pudo reconocerla.

Siguió gritando y gritando, hasta que un policía apareció ante su celda.

—Deje de gritar o tendré que abrir la celda y entrar a «suavizarle», Jervis —dijo el hombre con rudeza.

Jervis le miró con tanta fijeza que el hombre respingó.

—Cállese —gritó Hal—. Y avise a Murphy. Quiero; hablar con él.

—Está loco —contestó el policía—. Murphy no vendrá aquí hasta que...

—¡Vaya a hacer lo que le digo! —insistió el preso, agitando la reja tan furiosamente que los barrotes se conmovieron.

Pasaron algunos minutos.

Hal avanzó unos pasos hacia el otro extremo de la reja y habló: —¡Duke! ¿Estás ahí? Habla, por el amor de Dios. ¿Estás bien? Esperó, ansioso, la respuesta. Pero Duke no respondió.

Aquello solo podía significar una cosa: los golpes recibidos le habían causado más daño de lo que Hal imaginara al principio.

Loco de furor, Hal dirigió una ojeada a la celda, vio el camastro, el ventanuco, el inodoro en un rincón...

Sus siguientes movimientos hubieran pasmado de asombro y de temor a cualquier posible espectador.

Jervis fue hasta el rincón del inodoro, lo arrancó de cuajo de un tirón y utilizándolo como pilón golpeó el camastro hasta que las bisagras que lo sujetaban al muro se rompieron.

Entonces tomó en sus manos la pesada hoja de madera de haya y fue con ella hasta la reja.

La insertó entre dos barrotes, apoyó sus piernas en la misma reja y apalancó con tanto vigor que los barrotes se doblaron como si fuesen de plomo.

Hubiera abierto un boquete suficiente para escapar, de no ser porque el propio comisario Murphy y el policía que había ido a avisarle llegaron en aquel momento a la carrera al escuchar los chasquidos de la madera que Jervis utilizaba como palanca.

Murphy extrajo el revólver e hizo dos disparos al aire.

—¡Apártese de la reja o tendré que matarle! —gritó Murphy, rodilla en tierra.

Jervis tiró hacia atrás del pesado camastro y aquella hoja de gruesos tablones de haya salió volando por el aire, chocó contra el muro y dejó un regular desconchado en los ladrillos.

—No lo dudo —respondió el preso con voz vibrante. Y añadió—: Es usted un mal hombre, Murphy. Un policía rencoroso, duro y sanguinario que no respeta la ley. Sí, estoy seguro: sería capaz de disparar contra mí, sería capaz de asesinarme.

Murphy se incorporó. En sus facciones oscuras se dibujaba un intenso estupor.

Luego sonrió desdeñosamente y dijo:

—Se la ha buscado, Jervis. Esa reja rota, ese camastro arrancado y el inodoro pulverizado... ¡Todo esto va a recordarlo mientras viva!

Fríamente, el comisario se volvió hacia el policía que había

recibido el aviso del preso y dijo:

—Abra la celda, Eggar.

Eggar pasó ante Murphy, sacó un llavero de su bolsillo y fue a introducir la llave en la cerradura que dejaba libre el cerrojo.

Pero el preso estaba rígido ante él, con las manos apoyadas en los barrotes. A través del gran boquete, a Jervis le sería fácil agarrar el brazo del policía, retorcérselo, partírselo, incluso arrebatarse la pistola.

—¿Qué ocurre, Eggar? —bramó Murphy al advertir la indecisión del policía.

—Tiene miedo —dijo fríamente Jervis.

—¿Miedo, Eggar? Hay ocho hombres en el pasillo. Siete policías como usted mismo. Siete hombres armados, ¿comprende? Abra. He decidido dar un escarmiento al preso.

Impulsado por las palabras del comisario, Eggar dio media vuelta a la llave dentro de la cerradura.

Súbitamente se detuvo. Jervis había alzado un brazo.

—Le advierto, Murphy: si lo que traca de hacer es obligar a sus hombres a molerme a golpes de porra, le aseguro que más de uno de ellos sufrirá las consecuencias. Si quiere saciar en mí el rencor que hay dentro de su pecho, lo mejor será que dispare sobre mí hasta agotar el tambor de su revólver.

A Murphy le vibró un párpado en un tic incontrolable.

Ya había alzado el revólver, cuando dejó caer el brazo.

—No sea estúpido, Jervis —dijo de todas formas—. ¿Pretende que su rebeldía quede sin castigo? Ha intentado la fuga, ha destrozado material que pertenece al estado de California...

—Nada de eso hubiera ocurrido si hubiera respondido a mi llamada. Duke Harris está malherido en su celda. Nadie se ha ocupado de ayudarlo, de llamar a un médico. Hacer esto. —Hal señaló el boquete de la reja— era la única solución para hacerle venir aquí, Murphy.

—¿Quiere hacerme creer que destrozó toda celda con el único fin de hacerme venir aquí? —preguntó, incrédulo.

—Lo hice con el fin de que trajesen a un médico. Mi compañero debe ser tratado como un ser humano —dijo Hal.

—¡Un ser humano...! —se burló Murphy, apretando sus cuadradas mandíbulas—. Harris es tan peligroso como usted mismo,

Jervis. Dos asesinos, dos miserables que en nada valoran las vidas de sus semejantes.

—Jamás he asesinado a nadie, Murphy. He matado a algunos hombres... en Vietnam y dando el pecho. Pero jamás cometí delito alguno, a excepción de una pelea con un tipo muy belicoso, hace años ya.

Advirtiéndole que las lentas palabras de Jervis causaban cierta impresión entre los policías que llenaban el pasillo, Murphy se dirigió al preso.

—Cínico y desvergonzado además —acusó, mirándole sin pestañear—. ¿Qué clase de trato cree que merecen usted y Harris? El más apropiado a dos indeseables.

Y óigame bien, Jervis: estoy decidido a que recuerde su estancia en esta cárcel como la más intensa experiencia de su vida. Desgraciadamente, la pena de muerte ha sido abolida en el estado de California. Pero no confíe demasiado en su talla de gigante y en sus músculos: hay muchos medios para doblegar al hombre que trató de asesinar a uno de sus amigos.

—¡Escúcheme usted a mí, Ed Murphy! He oído su historia en alguna parte. Y sé quién es usted exactamente. Un tipo resentido que se ampara tras una placa de policía para saciar sus más repugnantes sentimientos. No voy a repetirle que no disparé contra McGeugh... aunque las circunstancias parezcan indicarlo así. Puede cumplir con su deber, Murphy. Pero no se salga de ello. O tendrá que lamentarlo. —Respiró profundamente y aseguró despacio—: Se lo juro.

Por un momento, pareció que Murphy iba a reaccionar violentamente. Pero no fue así. Por el contrario, cambiando rápidamente de actitud, se volvió a sus policías y dijo:

—Pueden volver al cuerpo de guardia. Eggar y yo nos ocuparemos del preso.

Los hombres desfilaban ya pasillo adelante, cuando Murphy añadió:

—Usted, Greene, llame al doctor Selovsky. Dígale que es urgente.

Cuando sólo quedaron en el pasillo el vigilante Eggar y el propio Murphy, el comisario ordenó:

—Abra la celda, Eggar.

Eggar obedeció. Sin embargo, sus manos temblaban cuando tiró de la puerta de barrotes.

—Salga, Jervis.

—¿Qué se propone? —preguntó.

Murphy rió cruelmente.

—Tal vez... balearle por la espalda en cuanto salga al pasillo. ¿No es eso lo que teme? —exclamó.

—No temo nada. Pero sospecho que no le desagradaría dispararme por la espalda.

Oyendo esto, Murphy crispó sus facciones y gritó:

—¡Salga! Debe ocupar otra celda.

Eggar se apartó y Jervis salió al pasillo y dio la espalda al comisario.

—Entre en la celda número doce —se oyó la voz de Murphy.

Hal se volvió. Murphy había enfundado su revólver.

Entonces el preso penetró en la celda indicada y esperó hasta que Eggar echó el cerrojo.

De repente, Eggar saltó hacia atrás al advertir que el preso se abalanzaba sobre los barrotes.

—Por favor —dijo Jervis, fatigado—. ¡Por amor de Dios, ayuden a Harris! Creo que está gravemente herido. Esa gente... le golpearon sádicamente, con una saña increíble. Y creo... Creo que usted tuvo que ver algo en ello, comisario Murphy.

El comisario se aproximó lentamente hasta tocar los barrotes con las manos.

—Además de un asesino es usted un idiota, Jervis. Nada tuve que ver con el motín que se produjo ahí fuera, por la sencilla razón de que me encontraba en Sacramento. La policía de la capital del estado ha encontrado uno de los camiones de la

Tower & McGeugh

que sus compinches consiguieron llevarse. ¿Lo entiende ahora? —dijo con extraña expresión.

CAPÍTULO VIII

A las diez de la mañana, el *jeep* del comisario Murphy frenó bruscamente ante el Red *Cross* Clinic de Auburn.

Murphy bajó del vehículo, subió cansadamente los peldaños que llevaban al vestíbulo y se encaró con la guapa enfermera de control.

—Supongo que podré entrevistarme con míster McGeugh —dijo con su acostumbrada brusquedad.

—Desde luego, comisario —dijo la enfermera amablemente—. La extrema gravedad de míster Larry McGeugh ha cedido y se recupera con gran rapidez. Su habitación es la doce, planta tercera.

—Extraña coincidencia —gruñó Murphy, recordando que Hal Jervis permanecía encerrado en la celda número doce de la prisión de Auburn.

—Planta tercera, habitación doce —repitió la enfermera con una sonrisa, imaginando que el comisario no había entendido sus palabras.

La respuesta de Murphy la dejó helada:

—¿Cree que no lo sé? Yo mismo le traje aquí hace diez días.

Poco después penetraba en la habitación número doce y saludaba al hombre que trató de incorporarse en la cama.

—¿Todo bien, Larry? No te muevas —dijo Murphy, secándose el sudor de su frente con un pañuelo—. Sólo estaré un momento. La enfermera me dijo que te recuperas rápidamente.

—Así es —respondió McGeugh, elevando un poco la cabeza para verle mejor—. Pero adivino que no has venido solo para preocuparte por mi salud.

—Aciertas. He venido a decirte que Hal Jervis y su compinche han sido capturados. Se encuentran en la cárcel de esta ciudad —dijo Murphy, observando la reacción de McGeugh.

—¡Jervis! —murmuró Larry, muy excitado—. Aún no puedo creer que él quisiera matarme. Probablemente...

—¿Qué?

McGeugh parecía confuso.

—He estado pensando mucho en ello, Ed. Es posible que Hal no me reconociera. Pensó que era otra persona cuando disparó... —dijo.

—Eso sólo puede servirte de consuelo a ti, Larry —le cortó Murphy expeditivamente—. ¿Qué más da que te tomase por otra persona? Su intención fue matar, eso parece fuera de toda duda.

—No sé, no sé... —dijo—. ¿Cómo puedo admitir que Jervis haya cambiado tanto como para convertirse en un asesino? No quiero ni siquiera imaginar que ha cometido un terrible error: si fuese así no podría dormir tranquilo por el resto de mis días.

—¿A qué te refieres exactamente, Larry?

—No había mucha luz en el garaje cuando penetré en él. Quizá me confundí. El hombre que disparó contra mí pudo ser un individuo de talla y aspecto semejante a Hal Jervis...

Por segunda vez, Murphy le interrumpió sin cortesía:

—Eso no es posible, Larry. Reconociste también a Duke Harris. Por otra parte, la prueba de su culpabilidad es clara: ambos huyeron. Si faltaba alguna evidencia, debes saber que a Jervis le fue encontrada una pistola. Probablemente se trata del arma que utilizó para disparar sobre ti.

McGeugh pareció impresionado por las palabras del comisario.

—Si —admitió—. Todas las circunstancias parecen indicar que Jervis trató de asesinarme. Pero incluso así, Ed, yo no soy capaz de creerlo.

—Me gustaría saber por qué —exigió Murphy, disgustado.

—No sé si estás enterado de que Jervis y yo nos conocimos en Vietnam. Yo era entonces un muchacho apocado, tímido, indeciso y... cobarde. Mi cobardía fue la causa de que una compañía de *marines* estuviese a punto de perecer en una encerrona del Vietcong. Hal Jervis se expuso a morir para salvar mi vida. Fue herido gravemente por mi causa, pero yo salí de aquella situación sin un solo rasguño.

Murphy tardó en hablar. Parecía muy impresionado:

—Es una sorprendente historia, Larry. Sigue.

—Poco más tengo que decir. O mejor, sí. Estaba aterrado. Sentía un espanto atroz imaginando que Jervis daría cuenta del incidente

al capitán de nuestra compañía, que tendría que comparecer ante un consejo de guerra, que iría a parar a una prisión militar... Pasé unos días terribles. Y finalmente me atreví a abordar a Jervis. ¿Sabes cuáles fueron sus palabras? Dijo: «El miedo no es exclusivamente tuyo, McGeugh. Yo también lo he sentido a menudo. La próxima vez tendrás más confianza en ti mismo, ya lo verás».

McGeugh calló un momento. Sus ojos brillaban de emoción recordando aquellos lejanos sucesos.

—Así fue. Aprendí a controlar mi miedo e incluso me comporté como un buen soldado. Jervis jamás volvió a mencionar aquel hecho, Ed, Por esto, por todo lo que acabo de contarte, me resulta tan doloroso y difícil creer que el hombre que una vez me salvó la vida exponiendo la suya, tuviera interés en asesinar me hace diez días. Y seguiré pensando lo mismo, a pesar de haber visto a Jervis con la pistola en la mano. A pesar, incluso, de haberme sentido a un paso de la muerte.

Finalmente, Murphy recogió su sombrero y se lo puso.

—Pues bien, Larry: tendrás que hacerte a esa idea. Serás citado a juicio como testigo y deberás prestar testimonio contra Jervis. Es duro, lo reconozco, pero debes cumplir con tu deber.

—Lo temía. Pero no puedo olvidar que tengo una deuda con Jervis. Telefonaré a Caroline. Le suplicaré a mi hermana que se encargue de su defensa y de la de Harris...

—Debes estar loco, Larry —dijo. Tenía los ojos tan abiertos que el herido sonrió débilmente—. Sé que tu hermana empieza a tener un nombre como abogado.

Incluso es posible que dentro de unos años llegue a ser la mejor criminalista del estado de California, pero...

—¡Lo sé, lo sé! Piensas que es absurda la situación: yo tendré que acusar a Jervis, mientras mi hermana se encarga de su defensa, ¿no es eso?

Murphy paseó, muy agitado, por la habitación y se volvió bruscamente hacia el enfermo.

—Yo no lo llamaría «situación absurda», sino descabellada, Larry. Sin embargo, confío en el buen juicio de Caroline McGeugh. Estoy seguro de que ella no se prestará a defender a Jervis en cuanto conozca los hechos.

—Bien... Debo reconocer que Caroline es una muchacha muy independiente. Pero también sé que a ella le apasionan los casos complicados, como éste. En fin, confío en convencerla. Y para demostrártelo, voy a llamarla ahora mismo.

Larry se había incorporado dificultosamente sobre el brazo izquierdo y alargaba ya una mano para alcanzar el teléfono instalado sobre una de las mesillas de noche.

Viéndole actuar, Ed Murphy murmuró una palabrota y abandonó con un bufido de cólera la habitación.

Habían sido tres días terribles.

Setenta y dos horas de interrogatorios constantes. Hal había escuchado gritos, amenazas y súplicas.

Su versión de los hechos no había diferido un milímetro de una a otra vez.

Murphy, finalmente, se había rendido: no obtendría una confesión de culpabilidad de Jervis.

Al fin le dejaron en paz. Es decir, le devolvieron a su celda y le dejaron a solas con sus pensamientos.

Duke Harris había sido llevado al hospital central de Sacramento y Hal no tenía noticias de él.

«*Shock* traumático, lesiones en el cuero cabelludo», tal había sido el dictamen del médico que había reconocido a Duke en su celda.

A Jervis le habían anunciado que una mujer abogado se haría cargo de su defensa.

Hal podía imaginársela perfectamente.

«Una vieja solterona de cara de caballo, llena de pecas, cabellos rubiopajizos y grandes gafas de montura cuadrada...»

No tenía dinero. Por tanto, no podría contratar los servicios de un buen criminalista. Tendría que conformarse con el abogado de oficio, con aquella solterona que vendría de Sacramento.

Tanto daba, ésa era la opinión de Hal Jervis. Si le juzgaban en Auburn, el jurado más benigno le declararía culpable a la primera votación.

Sólo quedaba una solución: escapar a la primera oportunidad.

Naturalmente, intentar la fuga incluía grandes riesgos. Podía ser muerto a balazos. O, en el mejor de los casos, tal vez Jervis tendría que utilizar la violencia física. Quizá un policía o dos resultasen

muertos, quizá...

Las cosas con Murphy estaban equilibradas. El comisario parecía haber olvidado sus ansias de «suavizarle».

Por otra parte, Hal no había mencionado en su declaración el motín que tuviera lugar en la puerta de la cárcel. Y en compensación, Murphy no le había acusado ante el fiscal de haber destrozado los enseres de una celda.

Sin embargo, Hal no veía el porvenir muy risueño. De una parte, la perspectiva de pasar en prisión el resto de su vida. Por otra, la tensión que animaba a los ciudadanos de Auburn.

Los policías que se turnaban en el pasillo charlaban entre sí. Y Hal podía escucharles perfectamente:

—Murphy está preocupado. Ha pedido refuerzos a Sacramento. Teme que algunos tipos excitados traten de tomar la cárcel.

—Sí. Forman grupos en Fray Junípero Square y en las calles cercanas. No es posible disuadirlos: no cometen ningún delito.

—Parecen esperar algo. Tal vez que Jervis sea trasladado o sacado de la prisión para cualquier trámite. Estoy seguro de que entonces caerían sobre él y le despedazarían en pocos minutos.

El panorama era sombrío.

En el pasillo sonó, hacia las diez, una voz femenina.

Luego apareció Ed Murphy.

—Levántese, Jervis. Su abogado está aquí.

Hal se quedó helado de estupor al contemplar la esbelta silueta de la jovencita.

Una linda mujer vestida con sencillez y elegancia. Una mujer que no tendría más de veinticuatro o veinticinco años.

—Un policía estará muy cerca, señorita McGeugh —dijo Murphy—. Sólo tiene que llamarle... en caso necesario.

Murphy parecía sumamente contrariado. Su expresión era tempestuosa.

—Oh, gracias; pero ¿por qué razón? Voy a defender a este hombre. Nada tengo que temer de él. Ordene que abran la celda. Pasaré dentro —dijo Caroline McGeugh sin darle importancia.

—¿Está segura de que quiere entrar? —gruñó Murphy.

—Eso es lo que he dicho, comisario.

Murphy ordenó al vigilante que abriera. E inmediatamente desapareció.

Hal permanecía en pie, rígido.

¿Qué era lo que estaba sucediendo? Murphy había llamado a aquella guapa muchacha «señorita McGeugh».

Si esforzaba un poco su memoria, era fácil para Hal recordar que Larry le había dicho en alguna ocasión que tenía una hermana menor.

—¿Es usted hermana de Larry McGeugh? —preguntó sin transición.

—Soy Caroline McGeugh, en efecto. Y voy a encargarme de su defensa, si usted me acepta —respondió ella con suavidad.

—Pues bien: márchese —dijo el hombre con rudeza.

Caroline le miró sin enfado.

—¿Por qué, señor Jervis? Estoy bien capacitada para organizar su defensa. En realidad, he logrado ya algunas cosas positivas.

—No me interesa.

—No alcanzo a comprenderle, señor Jervis...

—No, ¿eh? Yo sé lo diré: estoy seguro de que usted sólo pondría interés en conseguir un veredicto de culpabilidad para mí. Está claro como el agua: es la hermana de Larry McGeugh, el hombre que ha declarado contra mí, ¡la persona que va a conseguir arruinarme!

Viéndole tan excitado, Caroline McGeugh calló lo que iba a decir.

Por el contrario, sacó de su cartera profesional un paquete de cigarrillos y lo ofreció al preso.

Hal dudó un momento. Pero su deseo de fumar era superior a sus recelos.

Tomó uno y aceptó lumbre, tras lo cual aspiró con ansia el humo en varias bocanadas.

Sus nervios se relajaron un tanto.

Giró el cuello y vio que ella se había sentado sobre el borde de la colchoneta sin demostrar el menor escrúpulo.

Y le gustó aquel detalle.

—Verá, señor Jervis. He hablado con Larry y he sabido algunos detalles. Mi hermano ha declarado, es cierto. Dijo lo que creyó ver y no puede decirse que su postura no sea honrada. Por mi parte, yo debo encargarme de demostrar su inocencia. Como le decía antes, he conseguido algunos avances...

—¿Avances? —preguntó Jervis, indiferente.

—Así los llamo yo. En primer lugar, he dirigido una petición al fiscal general del estado. Demostrado que el ambiente en Auburn ha alcanzado cierta tensión y que la atmósfera que aquí se respira sería perjudicial para los intereses de mi cliente, es decir, usted, solicito que Hal Jervis sea trasladado a la prisión de Sacramento.

—Y cree que lo conseguirá, claro.

—Sí. He aportado la documentación necesaria para ello y considero que la orden de traslado no tardará en producirse.

—Y bien... ¿Qué otras cosas ha hecho?

—Vi el «Mercury» que hay en el patio del cuartel de policía y sentí curiosidad. Tomé la matrícula y averigüé que el coche había sido robado en San Francisco «tres días antes del asalto a la Tower & McGeugh».

Hal apartó el cigarrillo de sus labios.

—Ha puesto mucho énfasis en la última frase. ¿Significa algo en particular? —preguntó, interesado a pesar de todo.

—He hablado con Bourage, el dueño del taller para él que trabajaba usted hasta hace pocos días. Atestiguó sin la menor duda que usted permaneció todo el día trabajando en su taller. Lo que demuestra que usted no robó el coche que sirvió para cometer el delito.

—Eso carece de importancia. Mis huellas quedaron impresas en el volante y Murphy se dio buena prisa en recogerlas —exclamó, desilusionado.

—Es cierto. Pero estas gestiones son sólo el principio. Ahora desearía escuchar de sus labios el relato de lo que sucedió. Tengo un pequeño magnetófono. Si se acerca, podré grabar su voz, Jervis, ¿o prefiere que le llame Hal?

—Llámeme como le plazca —respondió rudamente el hombre.

Pero se sentía inclinado a confiar en la mujer que permanecía tranquilamente sentada sobre el borde de la colchoneta como si se tratase del más lujoso y mullido sillón.

Tiró el cigarrillo al suelo, lo aplastó con el pie y se aproximó.

—Parece usted una mujer bien preparada, señorita McGeugh. Pero... ¿no siente odio contra el hombre que, según parece, trató de asesinar a su hermano? —preguntó.

—Amo mi profesión, Hal, créalo, y el odio no es compatible con

la administración de la justicia. ¿Quiere sentarse?

Hal obedeció, algo embarazado.

—No podré pagarle —dijo él, evitando mirarla—. Soy pobre.

Caroline rió alegremente. Tenía una risa contagiosa, amplia y armoniosa.

—Oh, no se aflija por eso. Quizá algún día cambie su suerte y pueda pagarme, ¿no cree? Acérquese más: el cable del micrófono es muy corto. Así. Ahora dígamelo todo, Hal.

El perfume que emanaba de los cabellos de Caroline le embriagó.

Jervis miró al suelo y empezó a hablar.

CAPÍTULO IX

Se llamaba Winney y no Finney, como se hacía llamar en ciertas ocasiones.

Naturalmente, tampoco era Scranton el nombre auténtico de su socio, sino Crane.

Winney se sentía enfurecido, era evidente.

Sus atractivas facciones, que sabían fingir para inspirar confianza, estaban ahora crispadas y sus ojos azules despedían chispas.

—Has cometido un tremendo error al no contar conmigo a la hora de vender ese material electrónico, Crane —exclamó, haciendo un esfuerzo por dominar el temblor de sus labios—. Te había advertido: era mejor esperar.

Crane se puso en pie y se aproximó al lugar que Winney ocupaba junto a la ventana del hotel.

—Sabes que no soy amigo de esperar. Me gusta convertir rápidamente en dinero lo que cae en mis manos. Hogan me pareció un buen intermediario. Nunca hubiera sospechado que fuese tan flojo —respondió.

Winney temblaba de ira.

—¡Eres un imbécil! ¿Sabes qué estoy pensando? Que mi decisión más sensata sería separarme de ti ahora mismo.

Crane se inmutó.

De ninguna forma le interesaba que Winney llevase a cabo su amenaza. Por la convincente razón de que Crane no era nadie sin la experiencia, el desparpajo y el *savoir faire* de Howard.

—Bueno, confieso que no debí ponerme en contacto con Hogan sin tu consentimiento —dijo, simulando humildad—. Escúchame, Winney: jamás volverá a suceder. Es mejor que sigamos juntos.

Winney se volvió de espaldas a la ventana y le miró con fijeza, como tratando de averiguar si Crane hablaba con sinceridad.

—De acuerdo. Pero me separaré de ti si vuelves a obrar por tu cuenta. No quiero ir a pudrirme en prisión. ¿Qué ocurrió con Hogan?

—¡Ese puerco! Me entregó dos mil dólares de señal y aseguró que estaba de acuerdo. Trató por todos los medios de saber dónde teníamos el material, pero naturalmente no se lo dije. Parecía indeciso. Harckley, al que encargué que lo siguiese, averiguó que Hogan fue a consultar con un asesor, un tal Thomas McPherson, un policía jubilado...

—El resto ya lo sé —le cortó Winney—. Media hora después, el teniente detective Beet estaba buscándote por todo San Francisco. Será mejor que pienses en ello, Crane. Tu patinazo ha podido costarnos caro a los dos. Entretanto, algo muy grave está ocurriendo en Auburn. Pero naturalmente, tú jamás lees los periódicos.

—Tengo muy mala vista —se burló Crane, sacando un corto cigarro habano que encendió con un «Dupont» de oro.

—¿No te interesa lo que acabo de leer? Hal Jervis está detenido en Auburn y todos los periódicos de Sacramento recogen sus declaraciones. Jervis es un chico con una excelente memoria y nos ha descrito perfectamente, tanto a ti como a mí. Pero lo que más me preocupa es este párrafo. Escucha: «A preguntas de los reporteros que le interrogaron cuando era llevado a la oficina del fiscal, Jervis contestó de forma enigmática: “Sé que mis amigos me ayudarán a salir de la cárcel, porque les interesa. Todo depende de una pequeña etiqueta dorada”».

—¿Qué diablos significa eso? —exclamó Crane—. No lo entiendo.

—Déjame que siga leyendo. «Jervis no llegó a desentrañar sus misteriosas palabras, ya que fue obligado a penetrar en el coche celular que le esperaba». —Terminó Winney.

—Que me registren —respondió Crane—. Para mí, eso es chino. Winney le miró despreciativamente.

—Claro. Sirves muy bien para ametrallar a una docena de hombres o para quebrantar los huesos a cualquier infeliz, pero jamás utilizaste el cerebro para pensar, Crane. Haz memoria. Una de nuestras armas se estropeó. Te encargué que la llevases a reparar. Y tú no quisiste molestarte mucho. La llevaste a la armería de Charlie Morse, frente a mis almacenes y garajes de la calle

Crofton. ¿Es cierto?

—Sí. Pero...

—Calla ahora. Estoy seguro de que Charlie Morse no estaba solo en la tienda.

—Déjame pensar... Sí, me parece que con él estaban sus dos hijos. Creo que tienen un pequeño taller en la trastienda.

—Bien. La pistola era un arma poco corriente, una «Hotshi» japonesa. Seguramente Charlie y sus dos hijos la recordarán perfectamente. Como hacen en muchos negocios, Charlie pudo pegar en la parte inferior de la culata una de esas pequeñas etiquetas doradas auto-adhesivas —siguió diciendo Winney, sin dejar de observar a Crane, que parecía un tanto intrigado.

—¡Sí...! —respondió Crane, tan excitado como el escolar que acababa de encontrar la difícil solución a una ecuación de tercer grado—. La vi. Vi la etiqueta. Y la leí, aunque las letras eran de pequeño tamaño. Decía: «Armería Morse, Crofton Street, 405, San Francisco».

—Supongo que no se te ocurriría arrancarla —insinuó Winney, con las manos crispadas.

Crane sonrió de oreja a oreja.

—Oh, no —confesó—. Teniendo la dirección allí, siempre recordaría, en caso de que volviera a estropearse, dónde debería hacerla reparar. ¡Tengo tan mala memoria...!

—Así de fácil —rugió Winney—. Supongo que recordarás que yo mismo entregué esa pistola a Duke Harris, cuando nos trasladábamos en el «Mercury», que tú mismo robaste, a los garajes de la

Tower & McGeugh.

Crane palideció intensamente.

—Ahora comprendo —balbuceó torpemente—. Jervis arrebató la pistola a Harris, se quedó con el arma...

—... y como en la culata estaba la etiqueta, Jervis posee ahora un medio para llegar a nosotros. Sólo tiene que interrogar a Charlie Morse y éste le dirá quién llevó la pistola a su armería.

—Pero Jervis no podrá hacerlo. ¡Está detenido!

—Sí. Pero hablará a la policía... si nosotros no le ayudamos a escapar de la trampa en que le metimos. El resultado será el mismo. ¡Y tú, Crane, pedazo de estúpido, tienes la culpa, por dejar pegada

esa etiqueta en la pistola!

Del amarillo claro, Crane pasó al rojo cereza.

—No me gusta ese tono —barbotó con sorda cólera—. Y ya que hablas de ello, tendrás que convenir en que tú tuviste parte de culpa. Disparaste contra McGeugh, cuando debiste de haberlo hecho contra Jervis y Harris.

—Tienes razón —respondió Winney, acariciándose los labios, pensativo—. Yo también me equivoqué. Jervis parece inteligente, lo que es peligroso para nosotros. Por otra parte...

Crane se aproximó a la ventana y tocó en el hombro a Winney.

—Tengo una idea —susurró—. Podemos eliminar a Charlie Morse. Puedo estropear los frenos de su coche, por ejemplo. Se matará. Y muerto no podría informar a nadie sobre esa pistola.

Winney pareció considerarlo. Pero finalmente denegó con la cabeza.

—Excesivamente complicado —decidió—. Ten en cuenta que tendríamos que deshacernos de sus dos hijos. Y ello supondría ya un triple asesinato. No, descartemos a Charlie y sus hijos.

Crane saltó de gozo.

—¡Podemos darle algún dinero a cambio de su silencio, sobornarlo! —gritó, entusiasmado—. Es una solución sencilla.

—No vale. La policía le detendría y le forzaría a hablar. Además, Charlie es judío. Sería capaz de estarnos sometiendo a chantaje durante toda la vida.

—¿Entonces...? —preguntó el delgado Crane, desesperado.

Winney se volvió hacia él y lo observó con fijeza. Con tanta fijeza que su socio, retrocedió, aterrado.

—¡Winney! —chilló—. ¡No estarás pensando en asesinarme a mí!

Temblaba de miedo... pero se había llevado disimuladamente su mano a la axila, donde solía guardar siempre un revólver.

Winney dominó la risa que le asaltaba y le impuso silencio con el gesto.

—¿Serás capaz de callar, charlatán? No, no pienso eliminarte, aunque tal vez sería la mejor idea. El caso es que incluso muerto tú, yo seguiría estando en peligro. Los almacenes de Crofton Street están repletos de mercancías robadas. ¿Imaginas lo que ocurriría si la policía llegara a descubrirlo? Por otra parte, no podemos

desprendernos en unos días de todo lo que hay allí almacenado. La solución es más sencilla.

—¿Cuál? —preguntó inmediatamente Crane, que parecía haberse serenado un tanto.

—¿Qué es lo que dice Jervis en sus declaraciones? «Sé que mis amigos me ayudarán a salir de la cárcel». Eso es lo que él espera... a cambio de su silencio. Pues bien, le ayudaremos a escapar. Coge el teléfono y llama a Harckley. Él es detective y sabrá hacer su parte. Quiero que se traslade a Auburn y nos tenga al corriente de todo lo relacionado con Jervis. Dentro de un par de horas, yo me encargaré de buscar a Don Leslie y su compañero Bob Tiffin. Esos chicos están deseando ganar un puñado de dólares. Y no les importa empuñar una metralleta. ¿Qué esperas, Crane? ¡Haz lo que te he dicho!

CAPÍTULO X

A las ocho de la tarde, Ed Murphy apareció ante la reja.

—Vístase, Jervis. Tiene que venir conmigo —dijo.

—¿Más interrogatorios? —respondió Hal, enarcando una ceja—. El fiscal sabe muy bien que no puedo añadir nada a mi declaración.

—No se trata de eso —explicó el comisario sin disimular su fastidio—. El fiscal general del estado ha ordenado que sea usted trasladado a Sacramento. Al parecer, temen por su vida.

—Y naturalmente, a usted tal decisión le revienta, según puedo advertir —observó Jervis—. Le gustaría tenerme en sus manos hasta el final.

—Sí. Y sé cómo tratar a los tipos de su calaña. Ahora, deje de hablar y vístase. Entretanto voy a darle algunas instrucciones para el viaje. Primera: no tendrá ninguna oportunidad de huir, porque voy a esposarle como se merece. Segunda: cualquier intento de arrebatar un arma a mí o a mis hombres será reprimido a culatazos. Y tercera: no lleve consigo cigarrillos ni fósforos; no voy a permitirle fumar durante el viaje. Ya sé que *miss* McGeugh le dejó, contra mis indicaciones, un paquete de cigarrillos y una caja de fósforos.

Hal terminó de ponerse la cazadora y de calzarse sus zapatos. Luego arrojó el paquete de cigarrillos y los fósforos sobre la colchoneta.

—Es usted un encanto, Murphy —dijo mirando a los dos hombres armados de rifles que acababan de entrar—. Algún día...

—¡Salga! —gritó Murphy enérgicamente. Hal optó por callar.

Sus muñecas fueron unidas a la espalda por esposas de acero y sus tobillos atados con la holgura suficiente para permitirle andar, pero no correr.

—Fuera —ordenó Murphy.

Avanzó con cuidado. El policía de la radio y el de guardia le

miraron con interés cuando atravesó el cuerpo de guardia.

Los dos policías que le escoltaban le empujaron despacio hacia un pasillo que desembocaba en un patio interior.

Del garaje de servicio salió una ambulancia que rodó hasta la calle a través del portalón que acababa de abrir uno de los policías.

Inmediatamente se aproximó un gran «Ford» que se detuvo ante Jervis. El vehículo carecía de cualquier distintivo.

Fue entonces, cuando Murphy abrió la portezuela para permitirle pasar, que Hal exhaló aquel grito.

Un grito de sorpresa y alegría.

Duke Harris aguardaba ya en el coche, con las muñecas esposadas.

—Vamos, suba —ordenó Murphy con su habitual rudeza.

Tropezó al elevar un pie y cayó de bruces, golpeándose dolorosamente en la frente.

Uno de los policías, un joven llamado Bannix, le ayudó a incorporarse.

Bannix pareció conmoverse al ver que la sangre brotaba abundante de la brecha abierta en la frente del preso.

—Creo que habrá que curarle, señor Murphy —dijo, mientras sostenía a Jervis—. Se ha herido.

—¿Eso? —gruñó Murphy, señalando la herida—. No vamos a suspender el viaje por un rasguño. ¡Arriba!

Empujado por el comisario, Jervis penetró en el automóvil y cayó sobre las piernas de Duke.

—Ya te lo dije, pobre amigo —susurró éste, inclinándose sobre él y ayudándole a sentarse—. Murphy es una hiena. No tiene sentimientos.

—Cochino —bramó Hal. Pero Murphy estaba dando instrucciones a uno de sus hombres y no le oyó.

Bannix y otro policía llamado Youngman ocuparon sendos puestos en el asiento trasero y Murphy se sentó junto al conductor.

El coche se puso en marcha y salió de Auburn siguiendo la ruta menos transitada.

Hal sentía correr la sangre por su frente, empapándole la ceja derecha y los párpados.

Bannix buscó un pañuelo y lo puso en la mano de Jervis.

—Límpiese, Jervis.

Enjugada la sangre, la herida dejó de manar pocos minutos después.

Entonces Hal miró a Duke y observó las cicatrices que habían quedado en su cráneo, allí donde la maquinilla había rapado sus cabellos.

—¿Estás bien, Duke? —preguntó.

—Sí. En la clínica me han tratado bien. Pero tú...

—¡Cuarta instrucción! —bramó Murphy, volviéndose a ellos—. Nada de conversaciones.

—¡Váyase al diablo, Murphy! —gritó Hal, sintiendo que el rencor dilataba sus venas.

En aquel momento, el automóvil comenzó a vibrar de forma trepidante.

El conductor trató de contener el volante, pero finalmente el coche derrapó al margen de la cuneta y salió fuera del firme, dando bruscos saltos sobre el accidentado terreno.

—¿Qué ocurre, Jenkins? —bufó Murphy—. ¿Es que trata de matarnos...?

El conductor se enjugó con la manga de la camisa el sudor de su frente.

—Lo siento, comisario. Hemos pinchado. Se trata de una de las ruedas delanteras.

Murphy pronunció una maldición y se echó fuera del coche.

Por su parte, Duke y Hal estaban siendo ayudados a volver al asiento por sus policías de escolta, puesto que el brusco frenazo les había arrojado sobre el asiento delantero.

Hacía un calor terrible y el cielo, ya oscurecido, dejaba ver hacia el oeste unos nubarrones negros.

—Tormenta —dijo Duke con un suspiro.

Hal asintió. Se sentía contento de tener a Duke junto a él.

—Si el accidente hubiera ocurrido en un lugar en que el firme estuviera a nivel más alto, tú y yo nos hubiéramos roto la cabeza, Duke. Atados de pies y manos, estamos condenados a morir en un accidente como éste —dijo Jervis.

Bannix pareció impresionarse. Pero no dijo nada.

Fuera, el conductor del vehículo policial había enchufado una luz portátil y se disponía a cambiar la rueda.

—Tendrán que bajar todos del coche —dijo a Murphy—. Es más

seguro.

Bajaron.

Jervis, más alto, tuvo que apoyarse sobre la espalda de Bannix y saltar fuera en difícil pirueta.

Las luces de Auburn brillaban a unos diez kilómetros de distancia. Del oeste comenzó a soplar una leve brisa que Jervis aspiró con delicia.

Junto al coche, Murphy dejó oír su áspera voz:

—No se separen de los presos. Podrían caer en la tentación de dar unos saltos en la oscuridad.

Hal escupió sobre el blando suelo.

Junto a Murphy, el conductor del automóvil lanzó una exclamación.

—¿Qué...? —preguntó el comisario, inclinándose.

—Tachuelas. Más de cinco tachuelas gruesas se han clavado en la cubierta. El asfalto debe estar regado de ellas. Deben ser esos gamberros... ¿cómo los llaman?

—«Ángeles del Infierno» —respondió Murphy, comprobando que en verdad eran media docena de tachuelas las que habían pinchado el neumático—. Pero no estoy seguro de que hayan sido ellos.

Dirigió una desconfiada mirada a los alrededores. Pero no, pudo ver nada anormal.

A unos quince metros, se destacaba la mancha oscura de un pinar. Algunos vehículos cruzaban de cuando en cuando junto a ellos.

En aquel momento comenzaron a caer unas chispitas de lluvia.

Ed Murphy echó hacia atrás su sombrero y dejó que la fresca caricia de las gotas de lluvia cayese sobre su rostro.

—Lo que faltaba —renegó—. Esas nubes... No me extrañaría que comenzase a diluviar dentro de unos minutos. Deme el gato. Lo iré colocando mientras usted afloja los espárragos de la rueda, Jenkins. ¡Hay que darse prisa!

Jenkins alzó el *capot* y sacó el gato.

Colocado en su soporte, Murphy esperó hasta que el conductor aflojó la rueda. E inmediatamente giró furiosamente el manubrio y el coche empezó a alzarse.

De repente, el coche volvió a aplastarse con un chirrido.

Murphy pronunció una palabrota.

—Maldita sea, el terreno ha cedido bajo el peso del coche —gruñó, encolerizado—. ¿Qué podemos hacer?

—Déjeme a mí. Bastará con poner debajo la rueda pinchada —respondió Jenkins.

Mientras colocaban la rueda de repuesto, comenzó a diluviar.

La camisa de Murphy y la espalda de Jenkins se calaron rápidamente. La lluvia, espesa, borraba los contornos y el viento azotaba los árboles próximos.

Al fin, Jenkins terminó de asegurar la rueda, bajó el coche y recogió la rueda pinchada y el gato.

—¡Bannix, Youngman! —llamó Murphy—. ¿Qué esperan para traer a los presos? ¡El coche está listo!

Nadie respondió a sus voces.

Murphy cortó en seco las rudas palabras que afloraban ya a sus labios.

Sin embargo, reaccionó de forma automática.

Su mano derecha desabrochó la pistolera y empuñó el revólver.

—¡Encienda los faros, Jenkins! —bramó, fuera de sí.

Rodeó el coche, furioso, y no vio a nadie en el primer momento.

Un segundo vistazo descubrió los cuerpos de los dos policías tendidos sobre los verbajos.

Jenkins bajó del coche al oír los gritos del comisario.

Entre los dos incorporaron a Bannix y a Youngman y dejaron que la intensa lluvia bañase sus rostros.

Bannix fue el primero en reaccionar.

Lo primero que hizo al volver en sí fue llevarse la mano a la cabeza y palparse el enorme chichón que aumentaba rápidamente de tamaño en su occipucio.

—Espero que sepa explicarme cómo sucedió todo —exigió Murphy con las mandíbulas encajadas y un brillo peligroso en sus pupilas—. Y aprisa, porque hay que capturar a Jervis y Harris o tendrán que empaquetar sus uniformes por el resto de sus días.

—No... ¡no puedo explicármelo! —exclamó Bannix con torpeza.

—¿Cómo ocurrió? ¿Fueron ellos? —Me refiero a los presos— dijo Murphy dominando por la impaciencia.

—No. Deje que ponga en orden mis ideas. Ocurrió cuando empezó a llover. Jervis y Harris estaban delante de nosotros, a unos cinco pasos. De repente, vi caer a Youngman. Me volvía ya,

asombrado, cuando... En fin, debieron golpearme en la cabeza. No sé más.

Murphy dominó las maldiciones y corrió hacia el coche. Conectó la radio y empezó a radiar un mensaje dirigido a la policía de Auburn, a la de Sacramento y a todos los agentes de servicio en la carretera Ochenta, ordenando el registro de cuántos vehículos transitasen por la zona y alertando a las autoridades sobre la fuga de dos presos peligrosos.

Cuando volvió afuera, el terreno estaba encharcado.

Youngman, tras la copiosa «ducha» que estaba recibiendo, recobró el sentido. Ante las preguntas de Murphy sólo pudo corroborar la declaración de su compañero Bannix.

—Dé la vuelta al coche —ordenó Murphy a Jenkins. Y volviéndose a Bannix y a Youngman, gritó—: ¡Recojan sus rifles y estén prevenidos!

A la luz de los faros, Murphy observó, atento, el terreno. Como había supuesto, un leve rastro partía de aquel lugar en dirección al bosque próximo.

—Si no fueron ellos los que les golpearon —susurró el comisario—, está claro que alguien les ayudó. Abran bien los ojos y escuchen mis instrucciones: Jenkins avanzará sólo con el coche, iluminando la zona con sus faros. Vamos a seguir ese rastro. Si ven una sombra, si advierten cualquier movimiento... ¡disparen sin preguntar!

Bannix y Youngman se situaron a uno y otro costado del coche. Jenkins aceleró y avanzó despacio.

Viendo que sus dos policías quedaban perfectamente iluminados por los conos luminosos de los faros, Murphy se congestionó.

—¡Atrás! —rugió—. ¿Es que no comprenden que están ofreciendo un blanco magnífico? Manténganse detrás de los faros... ¡Adelante, Jenkins!

El viento había arreciado. Un relámpago rasgó la negrura del firmamento en aquel instante.

El coche comenzó a patinar sobre el suelo, enfangado ya.

Al fin, llegaron al borde del bosque.

Murphy gritó de júbilo al descubrir el caminito que se abría entre los árboles.

—Escaparon por ahí —murmuró, rabioso—. Subamos al coche. Creo que no serviría de nada avanzar a pie.

Jenkins se detuvo y subieron todos. Los relámpagos seguían sucediéndose. La tormenta se aproximaba.

El caminito era estrecho. En realidad, se trataba de un cortafuegos utilizado como camino por los vehículos de los servicios forestales.

Pronto el suelo se encharcó. Pero las recientes rodadas de un automóvil eran claramente visibles sobre el camino.

Súbitamente la exhalación les cegó.

El trueno ensordeció sus oídos. A pocos metros, el robusto tronco de un pino se partió espectacularmente y sus frondas obstruyeron el camino parcialmente.

—Maldita tormenta —gruñó Murphy sordamente—. Hasta los elementos favorecen a ese par de granujas.

Miró hacia atrás.

Youngman y Bannix estaban aterrados. Y era comprensible.

—Bajemos —indicó Murphy sin gritar—. Tenemos que apartar ese árbol si queremos capturar a los fugitivos.

A Bannix le temblaron los labios.

—Nos exponemos demasiado, comisario —murmuró.

—¿Tiene miedo, Bannix?

—Si —confesó el joven policía.

—Yo también lo tengo —confesó Murphy—. Pero tengo que olvidarme de él. Vamos, acompáñenme.

Chapotearon sobre los charcos y se acercaron al árbol derribado.

El agua que caía sobre ellos era fría, casi helada.

Los tres hombres tiraron a una y desviaron las frondas del árbol algo más de un metro.

Volvieron a la carrera y Jenkins arrancó.

—Más aprisa —decía Murphy a cada momento.

Pero las ruedas del coche se deslizaban de cuando en cuando peligrosamente sobre el lodo.

Obsesionado por la persecución, Murphy no reparó en que llevaban ya una hora rodando por aquella trocha.

Hasta que de pronto llegaron a la carretera.

Los carteles indicadores reflectaron las luces de los faros: «PLACERVILLE, 12 millas. SACRAMENTO, 42 millas. CARSON CITY, 112 millas».

Murphy murmuró una palabrota.

—Han tenido tiempo suficiente para escapar —dijo, advirtiendo las rodadas de barro, casi diluidas por la lluvia, sobre el asfalto. Dominando su ira, encendió la radio y comenzó a transmitir.

CAPÍTULO XI

El teléfono repiqueteó sobre la mesa de la polvorienta oficina.

—Es Harckley —dijo Crane. Escupió el cigarro que mantenía entre los sucios dientes y trató de alcanzar el aparato, pero Winney le detuvo con el gesto.

—Déjame.

Afuera, en el almacén, aguardaban Leslie y Tiffin, indolentemente tumbados sobre los fardos apilados contra el muro de bloques de hormigón.

Eran muy jóvenes.

Componían el más perfecto ejemplo de entendimiento racial que puede darse en un país como Estados Unidos.

Don Leslie era bajo y macizo, de tez rosada y cabellos rubios, lacios y escasos.

Bob Tiffin era negro, absolutamente negro, sin una gota de sangre blanca en sus venas. Era alto y flexible como un junco, de rostro delgado y cabellos negríssimos, rizados, y abultadas sienes.

A pesar de sus diferencias raciales, Leslie y Tiffin se entendían a las mil maravillas.

Coincidían en muchas cosas: en su falta de escrúpulos, en su desprecio a las leyes y a las normas morales. Amaban la violencia, el riesgo y el peligro... casi tanto como las libres relaciones sexuales, el alcohol, las drogas y... las armas de fuego.

No se dieron mucha prisa cuando el canijo Crane apareció en la puerta de la oficina y dijo:

—Eh, vosotros, venid.

Entraron sin prisas. E inmediatamente buscaron un lugar donde apoyarse.

—Escuchadme —dijo Winney.

Con Winney era otra cosa. Para ellos, Winney era un águila. Y le respetaban.

—¿Sí, señor Winney? —dijo Leslie.

—Acabo de recibir una llamada de mi enlace en Auburn. El hombre que me interesa va a ser trasladado hoy mismo a Sacramento. A mí me interesa que no llegue vivo a la capital. Ya sabéis las condiciones: mil dólares para cada uno ahora mismo y otros tantos cuando el trabajo esté hecho. ¿Estáis de acuerdo?

Tiffin miró a su *partner*.

—Seguro, señor Winney —respondió Leslie, aparentando desinterés.

Entonces, Winney sacó una billetera y apartó velozmente veinte billetes de cien dólares que distribuyó en dos montoncitos.

—Nosotros os guiaremos —explicó Winney, empujando el dinero hacia los dos jóvenes, que se apresuraron a recoger rápidamente los billetes—. Utilizaremos mi coche y también el «Ford» ranchero que trajisteis vosotros. Y una advertencia: no podemos fracasar.

Leslie lanzó una risotada y Tiffin le coreó inmediatamente.

—¿Quién dice que mi amigo y yo hayamos fallado alguna vez? Tranquilícese, señor Winney. Todo saldrá bien.

—Perfectamente. Nos pondremos en marcha ahora mismo. Es un largo camino y quiero estar seguro de que no llegaremos tarde. Vamos.

Leslie y Tiffin abandonaron la oficina y Winney y Crane les siguieron.

Eran las once de la mañana cuando abandonaron San Francisco.

Leslie y Tiffin rodaban delante, abordo del «Ford» ranchero que había robado la noche anterior.

El coche había sido repintado rápidamente en el almacén de Winney. Cambiadas las placas de matrícula los dos jóvenes se sentían muy seguros dentro del auto móvil.

En realidad, iniciaban el viaje como si se tratase de una alegre excursión en un hermoso día de verano.

Pero la realidad era muy distinta. Debajo de los asientos del coche, Leslie y Tiffin llevaban sus temibles escopetas repetidoras «Winchester», a las que habían serrado los cañones para ser más fácilmente ocultables.

Winney y Crane sacaron un flamante «Toronado» del garaje y el primero descendió del coche para cerrar la puerta.

En aquel momento, un pequeño «Toyota» deportivo se detuvo enfrente.

Caroline McGeugh mostró, un bello par de piernas al descender de su automóvil.

Consultó la pequeña etiqueta dorada que había pegado a su encendedor de gas: «Armería Morse, Crofton Street, 405...»

Frente a la armería, Winney volvió apresuradamente al «Toronado».

Caroline le miró con interés.

«De mediana estatura, aspecto elegante, sienes plateadas, amplias entradas en la frente, ojos grises... Guapo, virilmente atractivo. Usa gafas de montura dorada y anda con cierta rigidez ése es Winney», recordó de pronto la descripción que Hal Jervis había hecho de Finney.

Y aquella descripción coincidía exactamente con el hombre que acababa de poner en marcha el «Toronado» color cobre.

Pero no era sólo aquello. A su derecha se sentaba un individuo de tez descolorida y rostro demacrado que muy bien pudiera ser Scranton.

Lo decidió inmediatamente, dejándose llevar por la corazonada.

Volvió a sentarse tras el volante del pequeño «Toyota», torció a la izquierda haciendo gemir los neumáticos al dar la vuelta en la calle Crofton, y siguió al «Toronado».

¿Era posible que la versión de Jervis fuese auténtica?

Sin podérselo explicar claramente, Caroline deseó fervientemente que así fuera.

En cuanto abandonaron San Francisco, Caroline advirtió que un «Ford» tipo furgoneta rodaba delante del «Toronado», sin alejarse más de cien metros.

Pasaron cerca de Oakland y de Berkeley y finalmente dejaron atrás Vallejo.

El «Ford» ranchero y el «Toronado» rodaban a velocidad prudencial, siempre constante, manteniendo las distancias. Lo que indicaba que Finney y Scranton se hacían acompañar en aquel viaje por otras personas.

A las doce treinta alcanzaban Sacramento. Entonces, Carolina descubrió, alarmada, que el indicador del tanque de gasolina marcaba cero.

Apuradamente, consiguió detenerse ante una estación de servicio, a la salida de Sacramento.

—¡Aprisa, por favor! —suplicó al mozo que estaba atendiendo a otro coche—. ¡Es un caso de urgencia!

El hombre rió, socarrón, y terminó de llenar el depósito de su cliente. Luego se acercó al «Toyota» e introdujo la manguera en la tobera del depósito.

Antes de que hubiera terminado, Caroline puso en sus manos veinte dólares y arrancó, sin darle tiempo a cerrar la tapa. La gasolina se derramó por el suelo.

Dos policías de tráfico vieron salir disparado al «Toyota», sin hacer el reglamentario «*Stop*». E inmediatamente saltaron a sus motocicletas y emprendieron la persecución.

Caroline les vio, alarmada, a través del retrovisor exterior.

—¡Dios santo! —gimió—. Se me escaparán.

Tuvo que aflojar la marcha y detenerse al borde del encintado.

Los policías detuvieron sus motos delante y detrás del coche y uno de ellos sacó su bloc de multas.

—Si sigue comportándose así, es posible que no llegue muy lejos, señorita —le reprochó el policía con severidad.

Caroline buscó su permiso de conducir y se lo entregó al policía. Inmediatamente, sacó su billetero y preguntó:

—¿Cuánto es?

El hombre la miró con sorpresa, le entregó el volante de multa, y respondió:

—Cinco dólares. Y procure ser más prudente. Pudo provocar un grave accidente al salir de la estación de servicio.

—Bien, bien, tenga.

—Es curioso —murmuró el policía, tomando el dinero—. Es la primera vez que una mujer no discute conmigo después de multarla.

Pero Caroline no respondió. Había arrancado ya y se perdía como una centella en la próxima vuelta de la carretera.

Desolada, comprobó que los coches que seguía habían desaparecido. ¿Habrían tomado alguna desviación?

Apretó el acelerador. La aguja del velocímetro subió rápidamente de los cien y escaló los ciento cuarenta, los ciento sesenta...

Buscaba ansiosamente con la vista el «Toronado» color cobre. Y

lo vio de repente, cuando ya había dejado atrás el motel.

Viró bruscamente después de frenar en seco, abandonó el firme y rodó por el suelo de tierra hacia la fachada del motel.

Allí estaban el «Toronado» y el otro coche.

Respiró profundamente, alisó sus cabellos, bajó del «Toyota» y cerró la tapa del tanque de combustible.

Un momento después penetraba en el bar. No miró inmediatamente a su alrededor. Pidió un «martini», encendió un cigarrillo y se volvió.

Sus ojos tropezaron con los azules de un joven de cabellos rubios y lacios, que la devoraba con la vista.

Junto a él había otros tres hombres, almorzando en una mesa retirada.

A Caroline le latió el corazón al reconocer a Pinney y a Scranton.

Tomó su «martini» y probó un sorbo.

¿Cuál era el final del itinerario de aquellos hombres?

Una palabra brotó en su mente: Auburn.

Acababa de comprenderlo todo: la trampa había surtido efecto.

Las declaraciones de Hal Jervis a los periodistas, la etiqueta dorada y... el traslado de Jervis a la prisión de Sacramento.

—Que se realizará precisamente hoy —pensó en voz alta.

Apuró su «martini» y pidió otro. Hacía calor y el sol aparecía cubierto por una leve neblina que difuminaba su esplendor.

Salió distraídamente afuera, con la copa de «martini» en una mano y el cigarrillo en la otra.

Se acercó al «Toronado», adoptando una actitud negligente. Y vio el nombre que figuraba en la cédula: «Winney, Howard».

No era Finney, sino Winney. Lo que sólo significaba una «W» en lugar de la «F».

Volvió sin prisas al bar y vio que Winney se dirigía al teléfono situado junto a la entrada de los servicios.

Esperó unos segundos y luego tomó su bolso y se dirigió al lavabo.

No hizo más que entrar, simular que cerraba la puerta, dejándola entornada, y aproximar su oído.

No había mucha gente en el bar y la vez de Winney llegó claramente a su oído.

—¡Allo, Harckley! Habla Winney. Nos encontramos en Sacramento... Sí, sí, tengo la ayuda necesaria. ¿Qué ocurre ahí? ¿Hoy? ¿Por qué al anochecer? Ya, comprendo... Déjame que tome nota... Matrícula

AUB-7564...

¿Estás seguro? No puedo permitirme un error de esa envergadura... Bien, bien... ¿Harris también? ¡Maldita sea, no había contado con eso! Bueno, es lo mismo... Sí, puedes volver a Frisco. Ya no haces falta en Auburn. Buen trabajo, Harckley.

Carolina oyó el «clic» producido al colgar el teléfono y se apartó velozmente de la puerta.

Ante el lavabo, fingió recomponer su maquillaje y poco después volvía al bar.

Winney se había puesto en pie y estaba pagando a la camarera. Por un instante, su mirada se cruzó con la de Caroline.

¿Sospechaba de ella?

Algunos minutos después, los cuatro hombres abandonaban el bar del motel.

Caroline esperó hasta que los dos automóviles hubieron salido a la carretera. Entonces fue al teléfono y pidió a la telefonista que le pusiera con la Red Cross Clinic de Auburn.

Una enfermera respondió a su llamada.

—Su hermano está dormido, *miss* McGeugh. ¿Quiere que le despierte?

Caroline dudó un momento.

—No... No es necesario. ¿Quiere tomar nota? Cuando despierte, díglele textualmente lo siguiente... ¿Está dispuesta?

—Sí, *miss* McGeugh. Adelante.

—Viajo tras dos coches, un «Toronado» y un «Ford» ranchero, cuyas matrículas son...

Volvió a la barra, compró un paquete de cigarrillos, pagó y volvió a su coche.

Era consciente de que estaba metida de cabeza en un juego muy peligroso. Pero le apasionaba el riesgo. Y, además, estaba Hal Jervis.

Puso el coche en marcha y salió con precauciones a la carretera. No quería ser detenida por segunda vez por los policías de tráfico.

Pensó que todo iba corroborando las declaraciones de Jervis.

¿No tenían aspecto de matones los dos jóvenes que acompañaban a Winney, no parecían dos individuos dispuestos a todo?

Hal se había prestado al juego voluntariamente. En realidad, Jervis era ahora la carnada puesta como cebo a los tiburones.

El calor aumentaba y aumentaba, sin cesar. El aire ardiente penetraba por las ventanillas del coche y quemaba su rostro. De nada valía subir los cristales, pues el calor era el mismo.

Los automóviles que perseguía aparecieron súbitamente cuando el «Toyota» rebasó un cambio de rasante.

Carolina moderó la marcha y dejó un buen trecho entre ellos y el «Toyota».

Hacia las cinco de la tarde, el «Toronado» aminoró la marcha y finalmente se desvió a la derecha.

Caroline siguió adelante a velocidad reducida y miró de reojo a los dos automóviles detenidos.

Winney acababa de descender de su automóvil y se aproximaba a Leslie y Tiffin.

—Hay un camino ahí. Tal vez pueda servirnos —dijo.

—¿Qué se propone? —preguntó Tiffin, arrastrando la última palabra.

—He venido pensando por el camino. Y he aquí mi plan: un coche de la policía partirá de Auburn al anochecer con dos presos. Éste es un buen sitio para el asalto. Será fácil detener el coche de Auburn: tengo un paquete de tachuelas. Por si algo fallase, será bueno disponer de una vía de escape. Y para ello, puede servirnos ese camino...

—No podemos fiarnos —gruñó Crane—. No sabemos adónde lleva.

—Para eso están ellos —dijo Winney, señalando a Leslie y el negro—. Quiero que recorráis el camino y averigüéis dónde termina. Yo llevaré mi coche hasta el bosque, con el fin de no llamar la atención. Tenemos tiempo suficiente.

—O.K. —rió Leslie. Y saltó al «Ford», seguido del negro.

Un kilómetro más allá, Caroline McGeugh frenó suavemente y volvió atrás a velocidad reducida.

Cuando llegó al lugar donde se habían desviado los dos automóviles que perseguía, comprobó, asombrada, que habían desaparecido.

Dudó unos segundos. ¿Qué era lo más aconsejable: viajar hasta la próxima ciudad de Auburn y prevenir al comisario Ed Murphy o averiguar dónde se encontraban Winney y sus compinches?

Pensó que Larry McGeugh poseía ya algunos datos y que sabría utilizarlos adecuadamente.

Por tanto, apartó el coche de la carretera y rodó despacio sobre los yerbajos secos que cubrían la faja de tierra próxima al pinar.

El pequeño «Toyota» penetró entre los árboles hasta quedar perfectamente oculto.

Caroline bajó y avanzó despacio. Vio el coche y advirtió las rodadas de los coches sobre el polvo.

Sintió miedo. El bosque estaba en calma, silencioso.

Avanzó a lo largo del camino.

Súbitamente, alguien saltó sobre ella y la derribó.

Caroline se debatió en el suelo y logró arrojar lejos de sí al repugnante Crane, que chilló de dolor al chocar contra un tronco.

De nada le valió, sin embargo.

Winney apareció entre los árboles y le encañonó con una metralleta.

—Será mejor que se ponga en pie y avance hacia mí, muchachita —ordenó.

Crane se puso en pie y la abofeteó.

Entre los dos hombres la arrastraron al bosque, donde habían conseguido ocultar el «Toronado».

—¡Es ella! —chilló Crane—. ¡La chica del motel!

—Si —admitió Winney—. Nos ha venido siguiendo.

Y me gustarla saber por qué. ¿Dónde está su coche? Caroline enmudeció. Pero Crane se aproximó a ella y volvió a abofetearla hasta que algunas gotitas de sangre brotaron de sus labios.

—Está aquí... cerca. Oculto entre los árboles.

—Vamos a verlo —propuso Crane. Y Winney empujó a la joven con el cañón de la metralleta.

Llegados ante el «Toyota», Crane silbó admirado.

Y leyó, aproximándose mucho, el nombre que figuraba en la cédula.

—Caro... Caroline McGeugh —deletreó. Y de repente se volvió hacia Winney, demudado—. McGeugh, como... como...

Winney alzó la metralleta y la abatió sobre la cabeza de la

mujer, que cayó al suelo exhalando un débil gemido.

CAPÍTULO XII

Hacia las siete de la tarde, el «Ford» ranchero apareció en el caminillo.

Winney salió de entre los árboles y les hizo señales para que se detuvieran.

—¡Al fin! —exclamó, impaciente—. Creí que no llegaríais nunca. ¿Qué ocurrió?

Leslie saltó al suelo por un lado y Tiffin por el otro.

—Valía la pena, señor Winney —dijo Leslie, con las manos apoyadas en las caderas—. El camino tiene unas treinta millas de longitud y lleva hasta la carretera Cuarenta y Nueve. ¿Se da cuenta? Podemos escapar hacia Placerville, Sacramento, Carson City, Auburn...

—¡Magnífico! —exclamó Winney, con los ojos relucientes bajo sus gafas doradas—. Ahora ocultad el coche de forma que esté dispuesto para escapar a toda velocidad.

Tiffin fue el encargado de hacer el trabajo.

Cuando se reunió con los otros junto al coche de Winney, Leslie contemplaba con los ojos muy abiertos el cuerpo de la mujer que descansaba sobre el asiento trasero del «Toronado».

—¡Es ella! La chica de...

—Sí. Y supone una maldita complicación. Esta joven nos vino siguiendo. Tuve que golpearla —explicó Winney, rabioso.

Leslie se aproximó y contempló el cuerpo de Caroline McGeugh con verdadera ansia.

—Es muy hermosa, señor Winney —murmuró con lentitud—. ¿Quién es?

—No lo sé —mintió Winney—. Ya sabéis cómo son las mujeres. Seguramente sintió curiosidad al ver que nos deteníamos aquí y se acercó a husmear. Será mejor que la llevéis a vuestro coche. La retendremos hasta terminar con nuestro trabajo. Después...

Crane y Winney cambiaron una mirada entre sí.

Entretanto, Leslie, se había aproximado a la portezuela entreabierta y extendía sus brazos para cargarse al hombro el cuerpo de la mujer.

Crane la había maniatado sirviéndose de su cinturón. Un pañuelo no muy limpio había servido para amordazarla.

Leslie desapareció entre los árboles. Pasaron unos minutos. Winney se impacientó.

—Tiffin, dile a Leslie que vuelva aquí inmediatamente. Tu amiguito es capaz de estar divirtiéndose con esa muchacha —ordenó.

El sol se ocultó tras las copas de los árboles.

—Veamos —dijo Winney cuando los cuatro estuvieron reunidos—. Dentro de poco, un «Cadillac» negro, matrícula AUB-7654

saldrá de Auburn. Teniendo en cuenta que nos encontramos a unos ocho o nueve kilómetros de allí, el coche estará aquí en unos minutos. No podemos perder tiempo, muchachos. Leslie, tú irás a la carretera y regarás de tachuelas el firme en cuanto veas aparecer nuestro coche. E inmediatamente correrás a ocultarte en el bosque.

—Pero ¿cómo diablos puedo reconocerlo? —exclamó Leslie—. ¡Está anocheciendo!

—Será fácil —respondió Kinney—. El «Cadillac» tiene los faros amarillos, según me explicó Harckley. Y en este país existen pocos coches con faros así. No pierdas el tiempo. Ve. Nosotros estaremos aguardándote al margen del bosque. Tiffin, recoge las armas.

Tomaron el caminito y se detuvieron en el lindero del bosque. Leslie cruzó el barbecho y alcanzó la cuneta.

Agazapado en el hueco de una alcantarilla, aguardó.

Pasó el tiempo.

Se había hecho de noche y Winney consultaba cada vez más nervioso su reloj de esfera luminosa.

Al fin, Leslie se puso en pie, subió a la carretera y... volvió a la carrera.

—Ahí viene —exclamó jadeante, tirándose al suelo, como los otros.

Tiffin le tendió su escopeta «Winchester» y Leslie la aferró entre sus dedos fieramente.

El «Cadillac» apareció velozmente ante ellos, cruzó sobre el lugar donde Leslie había vertido las tachuelas y siguió adelante.

—Mal-di-ta sea... —gruñó Winney, temeroso de que todo el plan fracasara.

Súbitamente el coche se inclinó a la derecha, se bamboleó espectacularmente y salió de la carretera dando tumbos.

Dos hombres bajaron del vehículo. Y, poco después, otros cuatro. La silueta de uno de ellos, de espaldas al bosque, sobresalía mucho por encima de los demás.

—¡Es él... Jervis! —susurró Crane—. Leslie, Tiffin: estad dispuestos.

—¡Esperad! Cuando estén cambiando la rueda será el momento apropiado. Por lo demás... parece que va a llover. ¡Sí! Ya están cayendo las primeras gotas. Quizá la lluvia favorezca nuestros planes.

Aguardaron. Los dos presos y los policías de escolta se habían apartado unos metros del coche.

Entonces, comenzó a diluviar.

—Adelante, muchachos —susurró Winney, empujan— de a Leslie y Tiffin.

Leslie se puso salvajemente en pie. No tenía miedo.

—¿Disparamos... contra todos? —preguntó.

—No. Tal vez podáis libraros de los que vigilan a Jervis y Harris sin que los otros dos se enteren. Lluve torrencialmente y el viento absorberá cualquier ruido. Tú sabes hacerlo, Leslie. Adelante. Os estaremos cubriendo. En caso de que las cosas se tuerzan... ¡disparad a matar!

Leslie y Tiffin saltaron fuera del bosque y corrieron inclinados en medio de las tinieblas.

Su actuación apenas duró tres minutos. Los dos jóvenes avanzaron a espaldas de los policías que vigilaban a los presos. Leslie saltó sobre uno, Tiffin sobre el otro...

Los dos hombres quedaron tendidos sobre el suelo.

Hal Jervis y Duke Harris se volvieron, asombrados.

—Vamos, amigos. ¡Deprisa! —susurró Leslie.

El coche quedó atrás. Leslie y Tiffin apresaban los brazos de los presos para evitar que cayeran.

Así, en una grotesca, pero rápida carrera, llegaron al lindero del

bosque.

—Al coche, ¡rápido! —dijo alguien en la oscuridad.

Jervis se detuvo en mitad del camino.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó, desconfiado.

—¿Qué importa eso ahora? —respondió Tiffin, impulsándole a seguir corriendo—. Es la hora de escapar.

—¡Arriba! —exclamó Leslie cuando alcanzaron la furgoneta oculta entre los árboles.

Subieron torpemente y quedaron jadeando sobre el piso de madera.

El motor de otro coche zumbó, próximo. A través del único cristal de la parte posterior de la furgoneta, Jervis vio la alargada forma de un automóvil de lujo, al resplandor de un relámpago.

—Adelante, Crane —ordenó Leslie.

Duke, que estaba mirando hacia delante, vio al hombre que estaba poniendo en marcha el motor. Las luces testigo del panel iluminaban su rostro demacrado y enfermizo.

—¡Hal! —susurró agarrando a Jervis por la manga de su cazadora—. ¡Es uno de ellos! ¡Es Scranton!

Crane se volvió hacia atrás y sonrió con sarcasmo.

—¿Quién esperabais que fuese? ¿Quizá el príncipe encantado...? —se burló con saña.

Jervis se apoyó sobre las rodillas, cuadró sus hombros y trató de lanzarse sobre él, dominado por la ira.

El negro apoyó el cañón de su escopeta aserrada en su rostro y advirtió:

—Tranquilo, compadre. O te volaré los sesos.

Jervis se dejó caer de espaldas sobre las planchas.

Duke se acurrucó junto a él. Miraba de reojo, horrorizado, las escopetas con las que Leslie y el negro les encañonaban.

—Estamos perdidos, Hal. Son ellos. ¿Crees que nos matarán...? —preguntó.

Le temblaban los labios de terror.

El coche se había puesto en marcha y avanzaba con los faros apagados, a la luz Intermitente de los relámpagos.

Luego, cuando hubieron rodado durante unos minutos, Crane encendió los faros e iluminó la trasera del «Toronado» que rodaba a buena velocidad delante.

—No creo que nos maten —dijo Jervis en voz alta—. Sería una estupidez.

Leslie le miró con interés.

—Chico listo —rezongó—. Tú eres Jervis, ¿eh?

Hal no se molestó en asentir.

—Os traicionarán —dijo, señalando a Crane con el mentón—. Se servirán de vosotros y después os dejarán en manos de la policía. Eso fue lo que hicieron con nosotros.

Tiffin miró a Crane.

—A Harris y a mí, nos pagaron bien, es cierto. Pero Crane y sus socios son unos tramposos. Juegan sucio. Y nos vendieron. Con vosotros harán lo mismo. Pregúntaselo a Crane —insistió Jervis.

—¡Calla! —rugió Leslie. Y golpeó a Jervis en el rostro con el cañón de la escopeta.

Hal gimió de dolor y cayó de costado.

Fue a incorporarse y sus manos palparon algo tibio, blando.

¡El cuerpo de una mujer!

Logró alzarse, ayudado por Duke. Le dolía la mandíbula y sentía chorrear la sangre, pero siguió hablando:

—Es muy grave lo que estáis haciendo, muchachos. Estoy seguro de que queréis ganar un puñado de dólares. Fácilmente. ¿Mil, quizá? Y posiblemente otros mil cuando todo termine. Sólo que jamás los cobraréis...

Leslie crispó sus facciones y alzó la escopeta. Pero Tiffin le detuvo.

—Déjale hablar. Jervis parece saber muchas cosas acerca del señor Winney y también de Crane. Adelante, Jervis, sigue hablando. Nos servirá de distracción —le animó el negro.

Crane se volvió furiosamente hacia atrás.

—¡No seáis estúpidos! ¿No comprendéis que trata de inquietaros...? —rugió.

El parachoques rozó contra un tronco y la furgoneta se estremeció. Crane torció el volante, aterrado, y al fin consiguió dominar la marcha del vehículo.

—Esta mujer —dijo Jervis—. Estoy tocando sus piernas...

—¡Apártate de ella! —rugió Leslie, congestionado.

—De acuerdo, me apartaré. Ya está. Adivino que esta pobre chica no está aquí por su gusto, ¿eh? Si no sabéis lo que significa

esto, os lo diré: se llama secuestro. Y el secuestro en este país se paga con la muerte o con la condena a perpetuidad.

A Tiffin le tembló un músculo de la cara. Y se volvió hacia su compañero.

—Leslie, yo... creo que nos hemos metido en un buen lío. Jervis tiene razón: la policía, puede acusarnos de secuestro. ¡Y no tenemos nada que ver con la muchacha! —exclamó.

Leslie le miró con furia.

—No seas estúpido, Bob. Nadie va a engañarnos. Y tú, Jervis... ¡si vuelves a decir una sola palabra, te abriré un boquete en el pecho con esta escopeta!

—No diré nada. Ya sois mayorcitos para saber lo que tenéis que hacer —respondió tranquilamente Hal.

La lluvia seguía arreciando. El viento azotaba los árboles y el fulgor deslumbrante de los relámpagos iluminaba fantásticamente el camino.

Súbitamente, Crane tuvo que frenar a fondo. Leslie y Tiffin fueron empujados con fuerza sobre los dos asientos delanteros.

La escopeta de Tiffin chocó contra las planchas laterales y se le fue de las manos.

Jervis, que aguardaba en tensión, saltó hacia adelante, la agarró y se incorporó rápidamente.

Su rostro juvenil se transfiguró.

Leslie y Tiffin, doloridos y magullados, estaban incorporándose a toda prisa.

Entonces Jervis, alzó la recortada «Winchester» y apretó las mandíbulas con furia.

Leslie alzó su escopeta. Y palideció.

Sin embargo, reaccionó con rapidez. Apartó brutalmente a Tiffin, que le impedía levantarse, y quiso disparar.

Jervis se adelantó. Disparó tan precipitadamente que el chorro de perdigones salió alto y pulverizó el cristal parabrisas.

Ya se disponía a disparar de nuevo sobre Leslie cuando alguien le golpeó en el brazo y la escopeta se le escapó de entre las manos, esposadas.

—¡Cochino...! —murmuró Leslie con los dientes apretados.

Ya se disponía a disparar, cuando Crane se lo impidió.

—¡Quieto! Estamos muy cerca de la carretera. Un disparo podría

ser fatal para nosotros —advirtió.

Entonces Leslie salió sobre el asiento y aproximándose a Jervis, lo derribó a culatazos.

Siguió golpeándole con saña, a sabiendas de que nada podía hacer ya por defenderse.

Luego, mientras sostenía su escopeta con la derecha, se inclinó y recogió la de Tiffin.

—Cógela, negro estúpido —rugió.

Tiffin agarró el arma en el aire y se le quedó mirando con extraña expresión.

—Leslie —dijo Luego—. ¡Leslie, nunca me habías llamado *negro*! Éramos tú y yo como uña y carne, no había diferencias, éramos amigos...

—Olvídalo —respondió Leslie salvajemente.

Tiffin lo miró. Dolorido y asombrado.

Se había roto la amistad que siempre les mantuvo unidos, era evidente. Ahora, el negro era negro y el blanco era blanco: es decir, autoritario, despótico y brutal.

Leslie, por su parte, miró a Caroline McGeugh con admiración y dijo:

—Me salvaste la vida, nena. Si no hubieras saltado sobre Jervis... Bueno, lo hubiera pasado mal con un terrible boquete en el estómago o en el pecho.

Caroline tragó saliva. ¿Para qué gastar palabras en sacar a aquel forajido de su error?

Si había golpeado a Jervis, su motivo no había sido otro que impedir que el preso cometiera un homicidio.

Leslie la tomó por un brazo y la ayudó a incorporarse. Tenía los ojos brillantes y los labios entreabiertos.

—Ven, ven aquí —dijo, muy excitado—. Te quitaré ese pañuelo asqueroso y libraré tus manos. No quiero que estés junto a Jervis y su compinche. No tengas miedo. Leslie sabe tratar a las damas. Y tú lo eres. Ven...

En aquel momento, Crane arrancó.

Leslie se agachó y miró a través del parabrisas destrozado.

El automóvil de Winney acababa de salir a la carretera. El intermitente de la izquierda destellaba con irisaciones ambarinas, a través de la lluvia.

Winney aceleró y Crane, con la furgoneta, le fue a la zaga. Dos kilómetros más allá, las luces del freno del «Toronado» se inflamaron.

Un camión estaba volcado en la cuneta. Su carga, compuesta por centenares de cajas de manzanas, aparecía distribuida por la carretera.

Cinco kilómetros más allá, Winney se desvió a la derecha.

Un cartel reflectante situado en la cuneta informaba: «Cantera Worsley, 6 kilómetros».

Ni siquiera repararon en el hombre vestido con una cazadora y pantalones tejanos que caminaba hacia Auburn por el margen izquierdo de la carretera.

Crane tomó el camino de la cantera, en pos del «Toronado».

CAPÍTULO XIII

Súbitamente cesó de llover.

El «Toronado» se había detenido en el amplio circo de la cantera, limitado por los geométricos cortes de piedra de granito.

Un momento después se detenía detrás la furgoneta.

—Hay un par de palas mecánicas —dijo Winney en cuanto Crane llegó junto a él—. Será fácil hacerlos desaparecer. Y la muchacha, también. No quiero dejar huellas ni testigos, Crane.

—Ten cuidado —le advirtió éste—. Jervis logró soliviantar al negro. Se produjo un incidente y Jervis consiguió hacerse con la escopeta de Tiffin. Pero podemos contar con Leslie. De todas formas...

—¿Qué? —preguntó Winney al tiempo que estiraba las entumecidas piernas.

—No sé... Es como un presagio. Como si algo me anunciara que las cosas no van a terminar bien, que todo va a irse al diablo.

Winney lanzó una carcajada. Las lentes de sus gafas destellaron frente a los faros de la furgoneta.

—¿Tú supersticioso, Crane? No seas estúpido. Vamos, ten confianza en mí. Los dos chicos harán lo que yo les diga. Anda, ve. Diles que saquen a los dos presos y a la chica —indicó.

A Jervis tuvieron que sacarlo arrastrando. Y al arrastrarlo, la sangre seca de su rostro manchó el barro del suelo.

Caroline dejó escapar un sollozo. Pero disimuló cuando Leslie se volvió hacia ella para mirarla.

—Cuidado con ellos —recomendó Leslie a Tiffin—. Voy a hablar con el señor Winney.

No se preocupó de Caroline. Porque Leslie tenía planes muy personales en relación con ella.

En el suelo, Duke temblaba, lleno de pánico, junto al cuerpo desmadejado de Hal Jervis.

A la luz de los faros, Leslie se reunió con Winney y Grane.

—Bien, señor Winney. En nuestro trato sólo se mencionó a Jervis. Pero Harris está aquí también. Como comprenderá, no es lo mismo eliminar a un hombre que a dos...

Winney sonrió.

—Yo no sabía que Harris fuera a estar en el coche de la policía, Leslie. Pero comprendo tu punto de vista. Tendréis otros mil dólares por Harris. Y otros mil por la muchacha.

Leslie se envaró.

—¿La muchacha? ¿Por qué tiene que matarla? Estoy seguro de que no dirá una palabra. Yo me ocuparé de ella.

La sonrisa de Winney se esfumó.

—No, Leslie. En estos asuntos no puedes dejarte llevar por sentimentalismos. Ella verá cómo matáis a esos dos infelices. Y lo recordará mientras viva. Es posible que la mantengas sujeta durante unos meses o quizá un año. Pero luego... te dejará y hablará. Y yo no puedo permitirlo. Quiero dejar esto bien sentado.

Leslie se mordió los labios. Se había hecho ciertas ilusiones con aquella mujer. Y ahora, Winney venía a estropearlo todo.

Junto al «Ford» ranchero, Jervis volvió en sí. A la luz de los faros de los dos automóviles, contempló las anfractuosidades de la solitaria carretera. Y comprendió.

Duke estaba en el suelo, junto a él. Enfrente, Bob Tiffin les cubría con su escopeta.

—Escucha, muchacho; tu amigo va a venderte a Winney —dijo mirando fijamente al negro—. Leslie no es amigo tuyo ya. En realidad, estoy seguro de que nunca lo fue.

—¿Y qué? —preguntó Bob, rabioso.

—Ya sabes lo que hay: nos han traído aquí para asesinarlos. Acércate, tengo algo que decirte. No sabes nada en este asunto, ¿verdad? —dijo Jervis, adoptando una actitud confidencial.

Detrás de Tiffin estaba Caroline McGeugh, muerta de espanto.

Durante unos segundos, los ojos de Jervis se cruzaron con los de la mujer. Y ella comprendió: tenía que aprovechar la menor distracción del negro para arrebatarse aquella escopeta aserrada.

Un peligroso juego, a vida o muerte.

Tiffin se acercó, desconfiado. Dobló sus rodillas y se acercó a Jervis. No tenía miedo, en verdad, puesto que los dos presos

estaban esposados y llevaban grilletes en los pies.

—Di de una vez lo que sea —gruñó.

En aquel momento, Caroline brotó a su espalda y le empujó. Duke interpuso una de sus piernas y Tiffin cayó en los brazos de Jervis.

La cabeza del negro quedó atrapada entre sus antebrazos. Duke le arrebató la escopeta de un tirón bestial.

Hal apretó con todas sus fuerzas y Tiffin se debatió inútilmente, tratando de librarse del dogal. Un momento después caía, desvanecido, sobre el barro.

—Cógela tú —susurró Jervis—. Dale la escopeta, Duke. Nosotros no podríamos utilizarla debidamente. ¡Cógela, Caroline!

Junto al «Toronado», Winney lanzó una maldición.

—¿Veinte mil dólares? ¡Estás loco, Leslie! —exclamó—. ¿Qué te has creído? Podía haber encargado el trabajo a otros y se hubieran sentido felices cobrando un par de miles.

—He dicho veinte mil —insistió Leslie con los dientes apretados y los músculos faciales tirantes—. Si no está de acuerdo, le devolveremos la mitad del dinero que nos dio y le dejaremos con la papeleta.

Los ojos grises de Winney brillaron detrás de las gafas.

—Me estás extorsionando, Leslie. Abusas —murmuró, mordiendo las palabras. Y de pronto cambió. Su tono se hizo menos tenso y furioso—. Está bien, no es momento de discutir. Te daré el dinero. Lo tengo en una cartera, en el coche.

Cuando Winney abrió la portezuela, Crane sabía ya lo que trataba de hacer su socio.

Jugaría sucio, como siempre. En vez de buenos billetes americanos, le pagaría con plomo, puesto que Leslie comenzaba a mostrarse peligrosamente rebelde.

Y no se equivocó.

Winney retrocedió después de tomar algo de su coche.

Y con gran rapidez, se volvió.

Leslie vio el cañón de la metralleta y disparó.

Winney gritó de forma alucinante y se desplomó.

Crane gimió espantado al ver su carísima americana de alpaca manchada de sangre. Quiso sacar su revólver y disparar contra Leslie, que continuaba a cinco pasos, abierto de piernas y con un

rictus salvaje en sus facciones.

Un potente foco iluminó la cantera y la voz agrandada por un megáfono de Ed Murphy, ladró:

—¡Quietos! Dispararemos a matar contra el primero que se mueva.

Leslie sólo podía reaccionar de una manera. Había nacido en un ambiente pobre, hostil y violento. Y debía terminar devorado por la violencia.

Disparó, al tiempo que se oía el grito de Jervis:

—¡Carolina! ¡Tírate al suelo, por el amor de Dios!

La perdigonada de Leslie destrozó el foco policiaco. Una metralleta crepitó en las sombras y Leslie soltó la recortada «Winchester» y cayó sobre el barro.

Detrás de él, Crane se había convertido en una fea estatua que expresaba su cobardía y su pánico.

Bannix y Youngman pasaron por encima del cuerpo de Tiffin, que se había arrojado al suelo, y llegaron junto a Crane, que se dejó esposar, derrotado.

Junto al coche gemía Winney. Ed Murphy le volvió de espaldas y le arrastró hasta la luz.

Los labios del comisario se plegaron en un rictus de repugnancia al contemplar la garganta de aquel hombre, convertida en una horrorosa carnicería.

Tiffin fue esposado por Bannix. Cuando se lo llevaban hacia el coche policial, murmuró arrastradamente:

—Está bien. ¿Cómo se me ocurrió confiar en un puerco blanco? Nunca más...

Cuando Ed Murphy volvió sobre sus pasos, vio a Caroline abrazada a Hal Jervis. El comisario comenzó a renegar, tan gruñón como siempre.

—Bonita escena. ¿Quién le manda meterse en estos jaleos, señorita McGeugh? Y ustedes, ¡levántense del suelo! Tienen que volver al coche —refunfuñó.

Jervis se le quedó mirando.

—¿Vamos a Sacramento? —preguntó.

Murphy le miró. Vio el rostro de Jervis manchado de sangre, hinchado y deformado por los golpes.

Se acercó a él, se arrodilló, le libró de las cadenas que unían sus

pies, y abrió sus esposas.

—No. Volvemos a Auburn. Winney acaba de morir, pero Crane está loco por empezar a declarar.

Ha confesado que Winney disparó sobre Larry McGeugh y algunas otras cosas sustanciosas. Naturalmente, usted y su amigo quedarán a mi disposición hasta que el fiscal ordene oficialmente su libertad.

Mientras Murphy liberaba a Duke, Hal se acarició las muñecas. Y dijo:

—El chacal se vuelve cordero...

Murphy se puso bruscamente en pie y le miró, furioso.

—Un chacal siempre será chacal. Si se refiere a mí, le diré que siempre he perseguido sin piedad a los malhechores. Pero jamás he hecho el menor daño a una persona decente. Siento haberme equivocado, lo confieso. Por otra parte, posiblemente esta emprendedora mujer hubiera conseguido una absolución para usted. La bala que los médicos encontraron en el cuerpo de Larry McGeugh no era como las que dispara la pistola que Max Tane le arrebató, Jervis.

Dicho lo cual, terminó de liberar a Harris y se alejó.

Jervis le siguió con los ojos. Y suspiró.

Las cosas se habían arreglado, pero ¡a qué precio! Golpes, disparos, angustia, desesperación...

Miró a Duke. Harris parecía contento como unas pascuas. En un minuto había olvidado todos los momentos de angustia pasados.

Cerca estaba Caroline, mirándole con una expresión emocionada.

Junto a ellos pasaron Bannix y Youngman cargados con el cadáver de Winney.

—Dios se apiade de su alma, pero era un mal nombre, un tramposo que siempre jugaba sucio —murmuró Jervis.

A Crane y a Tiffin les habían acomodado en el coche de Murphy. Caroline recordó su «Toyota», oculto en aquel bosque a casi cuarenta kilómetros de distancia y suspiró.

—Larry se alegrará de saber la verdad —dijo, mirando a Jervis—. Y yo habré perdido la oportunidad de llevar a cabo una brillante defensa.

Hal bajó una mano y acarició sus cortos cabellos sedosos. Le

dolía todo el cuerpo y se sentía al límite de su resistencia, pero contemplar el rostro fresco de Caroline era una delicia.

—Entrégale la escopeta a Murphy. Podría dispararse sin querer —dijo él.

Entonces Caroline reparó en que seguía empuñando la recortada. Y corrió hacia Murphy para entregársela.

Cuando volvió junto a Jervis, éste la apretó entre sus brazos y la besó suavemente.

—Por si no volvemos a vernos, Caroline McGeugh —dijo él.

Ella respiró hondo y tomándole de un brazo le llevó hacia el coche policial.

—Nos veremos —murmuró junto a él—. Ahora... ¿apuestas a que Murphy nos pide que conduzcamos esos dos coches hasta Auburn?

Murphy rodeó el coche y vino hacia ellos.

—Jervis... Usted es un buen conductor. Y los cadáveres de Winney y de Leslie no pueden quedarse aquí, expuestos a que los devoren los coyotes u otras alimañas —dijo el comisario—. He pensado que usted y Harris...

Caroline sonrió y miró a Hal.

—De acuerdo, Murphy. Conduciré el «Ford» y Harris se ocupará del «Toronado». Pero ahora impongo yo mis condiciones. Exijo que esta mujer viaje conmigo. ¿Está de acuerdo? —preguntó Jervis.

—Si ella le aguanta... —respondió Murphy. Y se alejó con un bufido.

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE**

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



NOTAS

[1] «Frisco»: nombre familiar que los habitantes de San Francisco dan a su ciudad. < <